

**EXCMA. SRA. DRA. ROSALÍA ARTEAGA**





## **Discurso de presentación**

*Dr. Joan-Francesc Pont Clemente*  
Académico de Número  
Real Academia Europea de Doctores

Rosalía Arteaga Serrano es recibida hoy como Miembro de Honor de nuestra Real Academia de Doctores tras una intensa carrera en la que se ha formado en Derecho, en Periodismo y en Antropología. No sólo se ha formado, sino que ha alcanzado el grado de Doctora en Jurisprudencia, de Licenciada en Periodismo, de Licenciada en Ciencias Políticas y de Máster en Antropología. Su interés por estas cuatro ramas del saber nos ilustra sobre su pasión humanística, porque, al fin y a la postre, giran alrededor del hombre, del ser humano, de su conocimiento profundo y de sus distintas dimensiones, desde aquella que lo contempla como un animal racional hasta aquella otra que propende a descubrir el vértice espiritual del mismo ser humano.

Rosalía Arteaga además de alcanzar los grados mencionados, empieza a trabajar en 1974 como profesora de segunda enseñanza y no dejará de serlo hasta 1992, cuando ocupe su primera posición política en el seno del Ministerio de Educación y Cultura de su país, Ecuador.

Rosalía Arteaga, por tanto, pertenece a ese sector de la sociedad que debe ser considerado como el primer nivel, el primer rango de la ciudadanía, preci-

samente porque su dedicación es la de formar ciudadanos libres y responsables. Al homenajear hoy a la Dra. Arteaga lo hacemos, a la vez, a todos los maestros. Desde una Academia como la nuestra, la admiración por alguien que ha ejercido como maestra durante tanto tiempo no puede dejar de expresarse y de rubricarse.

En 1986 Rosalía Arteaga fue elegida Concejal del municipio de Cuenca, en Ecuador; en 1990, Vicepresidenta de la Unión de Periodistas del Azuay; en 1992, Presidenta del Consejo Editorial del Ministerio de Educación y Cultura. También, Presidenta del Consejo Nacional de Cultura, a la par que recibía el nombramiento de Subsecretaria de Cultura y de Presidenta del Directorio del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural. Llegada a la política, muy joven, en 1994, con una experiencia en el trabajo diario en la enseñanza de 20 años, es nombrada Ministra de Educación, Cultura y Deportes. Y, también, al mismo tiempo, se encarga personalmente de la Comisión Presidencial Institucional para el análisis de la Educación Superior en el Ecuador. En 1996 preside el Instituto Cultural Ecuatoriano Israelí para ponerse al frente de un esfuerzo notorio de entendimiento cultural entre dos mundos y como una contribución a la causa de paz. Causa de la paz que servirá en los dos años siguientes desde el Consejo Nacional de Desarrollo y desde la Presidencia de la Organización para la Preinversión de América Latina y el Caribe. Causa de la paz, en fin, que la lleva a ser testigo de honor en representación del Ecuador en la firma del *Acuerdo de Paz* entre la guerrilla y el Gobierno de Guatemala. No todos los días asistimos a la firma de un *Acuerdo de Paz* y menos en las zonas del mundo gravemente afectadas por el conflicto. Ella estaba allí.

Entre 1996 y 1998 ocupa la Vicepresidencia Constitucional de la República del Ecuador y en 1997, durante escasos días, será Presidenta constitucional. Me referiré más adelante a este momento, entre simbólico y crucial, en la vida de nuestra recipiendaria.

Tras aquellos años, en la primera década de nuestro siglo continuará su trabajo en la esfera internacional ocupando la Secretaría General entre 2004 y 2007 de la Organización del Tratado de Cooperación Amazónica de Brasil. Entre 2007 y 2012 es miembro de la Junta Directiva del Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza de Costa Rica. Entre 2008 y 2012 también es Directora Ejecutiva de la Fundación Natura Regional de Ecuador y Colombia y entre 2009 y 2011 es miembro del *Independent Advisory Group* del Banco Interamericano de Desarrollo.

En la actualidad, la Dra. Arteaga es Presidenta Ejecutiva de la empresa A.S. Producciones, Presidenta del Consejo Asesor de la Fundación FIDAL, Vicepresidenta de la Orquesta Sinfónica Juvenil del Ecuador, Directora de la Escuela Latinoamericana de Liderazgo de la Red Urel, miembro del Patronato de la Fundación Excelencia de Madrid y del Consejo Ejecutivo de dicha Fundación, miembro del *Steering Committee* del *Institute for Enhances Livelihoods* con sede en Canadá, miembro honorario de la Fundación Internacional CERECO-Argentina, miembro honorario de *Astraia Female Leadership Foundation* en Alemania, miembro de la Academia Mundial de Artes y Ciencias y miembro del Directorio Fundación Panamazonia de Manaos – Brasil.

En su condición de abogado pertenece a la Federación Internacional de Abogados y al Colegio de Abogados del Azuay. Como periodista, a la Unión de Periodistas del Azuay. Es, finalmente, Secretaria Nacional de la Mesa Redonda Panamericana.

Entre las lecciones y conferencias que ha pronunciado, deseo destacar la que realiza en la Conferencia Mundial del Comité para la Educación y Acción Cultural de los Museos, en el seno de la UNESCO y otras organizaciones internacionales dedicadas a la educación y la cultura en 1994. Su ponencia: *Una cultura para la democracia en América Latina* en Sao Paulo, Brasil, en 1995. También, sus reflexiones sobre la calidad de la educación ecuatoriana en 2008, y su conferencia *El Desarrollo amazónico y su aporte a la integración nacional* en 2010.

La Dra. Arteaga ha mantenido y mantiene una estrecha vinculación con la universidad. Desde su ya lejana participación en la reunión de rectores de las universidades cubanas y ecuatorianas que se celebró en La Habana en 1995, hasta la reciente conferencia impartida en el *Latin America Forum* en la Universidad de Edimburgo, pasando por la docencia en diversos países como Chile, Bolivia, Colombia, España y Perú.

La Doctora Arteaga ha sido premiada con numerosas condecoraciones y distinciones, de las que se siente particularmente orgullosa. A modo de ejemplo aparece en 2009 en la publicación *20 mujeres* como una de las más destacadas líderes ecuatorianas. Recibió la *Orden del libertador Simón Bolívar* concedida por el Gobierno de Colombia, la *Gran Cruz de Rio Branca*, concedida por el Gobierno de Brasil, y la condecoración *Castillo Azul* en Tanija por el Gobierno de Bolivia.

La Dra. Arteaga llega a ser conocida del gran público, en lo que a nosotros, como académicos, nos interesa a través de una extensa obra literaria en la que brilla con luz propia *Jerónimo*, publicada en español, en inglés, en chino, en portugués y en italiano, *Jerónimo y los otros Jerónimos*, publicada como un corolario de la obra originaria con este nombre y su numerosa obra poética incorporada a antologías que circulan profusamente en Perú, Argentina, Uruguay, España y Ecuador.

Yendo de lo más importante a lo menos, aunque quizás en este caso de lo menos notorio a lo más, destaca en la personalidad de la Dra. Arteaga la impronta que deja en ella y en su familia el nacimiento del pequeño Jerónimo, a quien su propio abuelo diagnosticará Síndrome de Down y su posterior fallecimiento. El significado que tal hecho tuvo en Rosalía sólo puede comprenderlo ella, sólo puede comprenderlo quien ha pasado por una experiencia así. Ella quiso que quedara constancia de su experiencia, si puede decirse así, en el libro *Jerónimo* que he mencionado antes y en el posterior dedicado a los otros *Jerónimos*, a los otros niños y a las otras familias afectadas por esta condición especial que afecta en ocasiones a las personas. El libro no sólo transpira humanitarismo, sino un verdadero humanismo, es decir no sólo una preocupación de sensibilidad por los demás, sino un ensayo que trata de comprender al ser humano. Por eso creo que en ese momento tan íntimo y tan “intransferible” de nuestra recipiendaria y en la forma en que ha sabido trasladar lo casi intrasladable a los demás se halla su extraordinaria grandeza.

Como glosa uno de sus comentaristas, Rosalía cuenta que cuando entendió las diferencias de Jerónimo aceptó dejarlo crecer como él quisiera, sin forzarlo a aprender lo que no le interesaba. Jerónimo se convirtió en el maestro que durante 10 meses le mostró a su madre otra perspectiva de la existencia. Le enseñó a vivir. Esa experiencia que a otros habría derrumbado, a ella la hizo crecer en sabiduría y en ternura. El día en que el corazón de Jerónimo dejó de latir por complicaciones del síndrome, su madre quiso morir con él. “Hacer que mi alma y la suya se perdieran juntas en el viento”, dice nostálgica. Dentro del cofre blanco, colocó su chinesco favorito, un collar de cuentas rojas, una cruz que le regalaron y una almohada musical. Quizá el viento habrá llevado hasta allí las notas del “Rin del angelito”, de Violeta Parra, que refiere la muerte de un niño, y cuya última estrofa parece haber sido escrita para él: “...A dónde se fue su gracia, dónde se fue su dulzura, por qué se cae su cuerpo como una fruta madura. Cuando se muere la carne el alma busca en la altura la explicación de su vida cortada con tal premura...”.

De otro lado, como he mencionado antes también, la Dra. Arteaga se compromete con el futuro de su país cuando accede a formar un *ticket* electoral con un político ecuatoriano denominado Abdalà Bucaram. Abdalà Bucaram es un personaje extraño de la Historia de Ecuador, tremendamente egocéntrico, y que se manifestaba con una peculiar rudeza en sus intervenciones públicas. La alianza política que conduce a la doctora Arteaga a formar equipo con él para la Presidencia y Vicepresidencia del país se explica en el deseo de cambio que en aquel momento, 1996, sentía la sociedad ecuatoriana.

Aquella candidatura mezclaba el populismo de origen roldosista de Abdalà Bucaram, llamado *El loco*, y el republicanismo laico de tintes cristianos de Rosalía Arteaga. Los Bucaram y los Roldos habían dado a la política numerosos exponentes y tenían una marcada concepción patrimonial de la misma. Abdalà Bucaram era mal educado y grosero, y aún se recuerdan los irrepitibles insultos que destinaba al líder social-demócrata del momento, el más suave de los cuáles era el de *ateo alcohólico*. Rosalía Arteaga era todo lo contrario, serena, moderada, intelectual y respetuosa. Aquella alianza entre el populismo del *Loco* que quería *romperle el alma a la oligarquía* y el *republicanismo* de la Dra. Arteaga estaba condenada a no funcionar. No lo hizo. Nunca. Que Bucaram fuera acusado de hasta 56 delitos no ayudó en nada, como fácilmente puede comprenderse. No es posible conciliar los contrarios, sobre todo cuando uno niega el Derecho y el otro, lo afirma con luminosa brillantez. Rosalía Arteaga encarna, en efecto, el valor del Derecho como único sendero hacia la Justicia. Así era descrita Arteaga por un periódico de Quito tras su elección: *Arteaga ha representado a la razón (...) con su imagen de mujer segura, convincente y coherente*.

El Gobierno Bucaram fue un desastre, cometió errores notorios y perdió la confianza de los ciudadanos. La única persona en aquel Gobierno que fue considerada honesta y eficaz fue Rosalía Arteaga Serrano. Por eso, a pesar de su soledad, a pesar de la falta de dotación presupuestaria con la que le atacó su propio Gobierno, sus propios compañeros, Rosalía Arteaga no fue un satélite sino un verdadero planeta y en el momento en el que simplemente el pueblo de Ecuador le retira su confianza a Bucaram, la noche del seis de febrero de 1997, la Vicepresidenta no duda en asumir mediante su propio decreto la Presidencia Constitucional del país, de acuerdo con las previsiones del ordenamiento jurídico vigente. La vida de Rosalía Arteaga no volvería a ser la misma después de una Presidencia que duró sólo cuatro días, que asumió por sentido del Derecho y que abandonó por sentido de la responsabilidad.

Puede parecer una historia rocambolesca y extraña, pero ha proyectado hacia el futuro la fortaleza de una responsable pública en el momento en el que su país se ve abatido por una grave crisis. Ella intenta darle al Gobierno estabilidad y obtener la posibilidad de rectificar los errores que el resto de su Gobierno había cometido. No pudo conseguirlo.

Rosalía Arteaga es una política de difícil incardinación en los esquemas tradicionales. Es cierto que su adscripción ideológica puede describirse, si ella me lo permite, con el concepto de social-cristianismo, más allá del concreto PSC de la época, y que construye su pensamiento político alrededor del humanismo cristiano que ha incorporado como elementos indisociables el respeto a la democracia y la contribución al progreso social.

La militancia social-cristiana de los primeros años políticos de Rosalía Arteaga es compatible con un respeto radical al principio de laicidad, concebida ésta como, si se me permite utilizar mi propia definición, la arquitectura espiritual de una sociedad libre y de una sociedad madura. Por este motivo uno de los grandes combates de Rosalía Arteaga fue contra el clericalismo que pretendía imponer la educación confesional católica en las escuelas de su país. Rosalía Arteaga desde su responsabilidad política se opuso porque concebía, con la Constitución de Ecuador, que la escuela es un espacio ciudadano para todos que no debe verse cercenado por la segregación en comunidades de creyentes en una u otra fe, o de no creyentes, sino que debe ser un espacio unificador en el que los niños aprendan en la escuela, de un lado el ejercicio de los derechos y el cumplimiento de los deberes, y de otro, los múltiples matices de aproximación al conocimiento que serán los fundamentos de su emancipación y de su construcción como personas. En aquel posicionamiento valiente y claro de Rosalía Arteaga contra la voluntad mayoritaria de su Gobierno y de los poderes fácticos de su país, en el que abandonó el Ministerio de Educación, una rara muestra de coherencia política, se descubre a la republicana convencida que, al margen de las convicciones que pudiera tener sobre cuestiones concretas, aspiraba a ofrecer al conjunto de su país una forma de convivencia en el respeto a la pluralidad.

Precisamente, su interiorización y su exteriorización del respeto, del respeto ciudadano, del respeto cívico, del respeto político, es la que le permite no vacilar la noche en la que asumió la Presidencia Constitucional de su país. Son las convicciones republicanas de Rosalía Arteaga, en el mejor sentido de este término, aquél que quiere construir una Ciudad con mayúsculas, las que le otorgan la fuerza de firmar un decreto de aquella trascendencia y de vivir una

semana como la que vivió al servicio de su país y no pensando en sus propios intereses. Una mujer de principios, en suma, al defender el principio de laicidad y el principio democrático.

La Dra. Arteaga honra hoy a la Academia, a la Real Academia Europea de Doctores, con su ingreso en la misma, en la condición cenital de *miembro de honor* y todos y cada uno de nosotros, sus nuevos compañeros, en esta Academia con vocación catalana, española, europea y universal, sentimos en nuestro interior que algo se remueve cuando nos inclinamos ante la valentía en defensa de los principios, cuando expresamos nuestra admiración ante una trayectoria intachable y cuando empezamos a poder compartir la labor científica de pasado, del presente y del futuro de una personalidad eminente de quien estoy convencido vamos a poder aprender muchas cosas.

Señalaba un periodista hace cuatro años que Rosalía Arteaga ni se volvería a casar ni aceptaría de nuevo someterse a la disciplina de un partido político. Ni siquiera, añadido, a uno que fundara ella aunque tuviera el bello nombre del que creó en su día, *Movimiento Independiente para una República Auténtica*. Ambas decisiones destacan su indómito carácter de mujer libre.

Señor Presidente de la Academia, distinguidos Académicos, presentes hoy en esta concurridísima sesión plenaria de nuestra Corporación, compartamos el gozo de que se siente entre nosotros la Doctora Rosalía Arteaga Serrano.

He dicho,

□ □ □





## **PENSAR Y CONSTRUIR LA UNIVERSIDAD DEL SIGLO XXI**

### **Universidad, Ciencia, Academia, Internacionalización**

*Dra. Rosalía Arteaga Serrano*

Ex-Presidenta y Vicepresidenta de la República del Ecuador.  
Ex-Secretaria General de la Organización del Tratado de Cooperación Amazónica (OTCA)  
Member board of Trustees Bibliotheca Alexandrina. Presidenta Consejo Asesor Fundación  
para la Integración y Desarrollo de América Latina (FIDAL).

Es tarea complicada pensar con visión de futuro, en el cómo se construye o se está construyendo la universidad del siglo XXI y tal vez también sentar algunas bases de lo que será la universidad más allá de este siglo, es decir tener una visión prospectiva de su desarrollo, sin embargo vamos a intentarlo, tomando como puntos de partida la importancia de la ciencia y la internacionalización.

La universidad, que en su más originaria acepción tiene la misma etimología que universal y que universo, parte de la idea del Uno, de la unidad, de una especie de colectivo que tiene metas comunes; nació con los maestros y los alumnos y trató de convertirse, desde las primeras existentes, en una especie de faro del conocimiento.

Aquellas primeras universidades que registra la historia, y que poseen tal denominación, nos remontan a nombres tan evocadores como Bolonia, Oxford,

París, Módena, Cambridge, Palencia, Salamanca, Nápoles, Toulouse, Valladolid Murcia, Coímbra, Lérida, Perugia, Gothenburg, Upsala ., Pero que también nos traen los vientos de esas primeras academias en las que los sabios griegos, en el Ática o en el Peloponeso, seguidos de sus discípulos, extraían el conocimiento en base a preguntas y respuestas, e inclusive los pasos sonoros de los grandes maestros en la famosa y todavía vigente biblioteca de Alejandría, o también la rigurosidad con la que los maestros impartían sus conocimientos en las culturas orientales de las que indudablemente bebieron los sabios de Grecia y de Roma, que aparecen como los ancestros más claros de lo que consideramos civilización occidental.

Tampoco, en este vertiginoso recuento, podemos dejar de mencionar a las primeras universidades creadas en el Nuevo Mundo, y que tan importante rol cumplieron en América: San Marcos, Santo Tomás de Aquino, Autónoma de Santo Domingo, la de Córdoba, la de Chuquisaca, la San Carlos de Guatemala, la de México, y después el Boston College, el MIT, Stanford, y tantas otras en el mundo entero.

Las universidades, que se ubicaron en los claustros, y surgieron a veces como extensiones de los grandes museos y bibliotecas, han ido evolucionando y cambiando con el tiempo, sin perder su originaria vocación; tienen, sobre todo en las últimas décadas, una serie de elementos que no pueden dejarse de lado cuando se trata de hacer una especie de visión prospectiva de la misma.

Nos referimos al avance de las nuevas tecnologías, al desarrollo inusitado del mundo de las comunicaciones, y la forma en la que se hace investigación, tanto la bibliográfica como la de campo. Todo ello ha implicado una nueva visión, así como ha exigido nuevas competencias por parte de profesores y de alumnos.

Los nuevos analfabetismos tienen que ver con el uso o no de esas tecnologías, con el conocimiento o ignorancia de innovaciones que se popularizan de forma tan inmediata que el nivel de obsolescencia de los equipos es vertiginoso. Tanto, que incluso la compatibilidad de nuevos softwares y de aparatos e instalaciones que toman en cuenta la facilidad que se les da a los usuarios, hacen que equipos que no tienen ni un año de uso deban ser prácticamente descartados.

La Universidad, como esa sumatoria de facultades, que dan grados académicos, tiene, desde un comienzo, otros aspectos que le son también fundamentales y esenciales, diríamos que consustanciales.

En primer lugar, la vinculación con la ciencia y en segundo lugar, su vocación internacionalista.

Para demostrar estas dos aseveraciones, haremos un somero análisis que debe hundir sus raíces en la propia historia de la universidad, sabiéndose que otra de las características de la universidad han sido sus procesos de autocritica o asimilación de juicios de valor que desde los diferentes ámbitos se le han hecho, exigiendo una especie de “ponerse al día”, en términos de más vinculación con la ciencia, o con la empresa, o supresión de cierto tipo de estudios como el latín, por considerarlo inútil. Desde luego, ya en períodos iniciales y más aún con el correr de los tiempos, también se acusó a la universidad de elitista. Y ciertamente lo era, como nos lo demuestran los porcentajes y las estadísticas en cuanto a número de alumnos, sectores de procedencia, vinculación con otros campos de actividad.

Claro que hay diferencias entre las universidades medievales, aquellas que surgen al amparo de claustros y monasterios, en las que la égida de la Iglesia tiene una singular importancia; pero esa vinculación con el conocimiento, con los saberes, le es consustancial. En los claustros se refugia el conocimiento y se guardan los libros como tesoros que no están al alcance de todos.

La primera universidad que crea una cátedra de investigación es la de Cambridge en 1794, y luego son varias las universidades que, sobre todo en Europa y en los Estados Unidos, están cada vez más conscientes de la necesidad de que los centros de educación superior, además de enseñar conocimientos previamente acumulados, se dediquen a la investigación. Todavía hoy en día se discute el rol de las universidades y el énfasis que deben tener, sea en docencia o en investigación, o combinar estas dos vertientes.

Las universidades han atraído a los pensadores, a los científicos, como lo demuestra la gran cantidad de ganadores de premios Nobel que dictan clases en las mismas, o quienes de alguna manera están vinculados a estos centros de educación superior.

Las universidades norteamericanas son las que concentran la mayor cantidad de premios Nobel, no solamente de sus propios connacionales sino profesionales de otras nacionalidades que han sido atraídos por las enormes posibilidades de crear grupos de investigación y estudio y encontrar un ambiente adecuado para seguir con sus avances y aportes a la ciencia, a la tecnología, a la investigación.

Surgen las universidades o escuelas politécnicas durante el siglo XVIII y se hacen más comunes después de la segunda guerra mundial. Se entiende por Universidad Politécnica la que abarca diversidad de ciencias y de técnicas, y aunque algunos no lo consideran así, lo politécnico incluye también las artes.

El énfasis en este tipo de universidades es en el aprendizaje de conocimientos, en la puesta en práctica de esos conocimientos y también, en muchas de ellas, la investigación juega un rol fundamental.

En los tiempos actuales, nuevos polos de eficiencia universitaria se están posicionando, sobre todo en el Asia: Japón, China, Corea, Taiwán; en cuanto a América Latina, a pesar del auge de la educación superior, todavía no logra rebasar las metas y colocarse en posiciones de liderazgo. Solo muy pocas universidades aparecen en rankings de universidades internacionales de prestigio, y aun así no en los primeros lugares, como la Universidad de Sao Paulo, la de Buenos Aires o la Autónoma de México.

Universidades de Canadá y Australia han empezado a emerger con gran visibilidad, sobre todo en cierto tipo de carreras.

La necesidad de una permanente actualización y de poseer cada vez un mayor número de competencias, vuelve imperativa una nueva visión de las universidades, que ofrecen educación continua y renovaciones constantes en su currícula de estudios y enfoque de carreras y de profesionales.

Los estudiantes de las carreras y disciplinas universitarias esperan mucho de su ingreso a las universidades y de la consecución de sus diplomas, sean éstos de pregrado, de magisters, de doctorados o PHD; quieren, como ha sido una especie de tradición en las décadas anteriores, obtener ascensos sociales y económicos que les proporcionan esos títulos bajo el brazo que acreditan sus carreras.

A pesar de las crisis económicas periódicas, y sobre todo la última que tuvo su origen en las burbujas inmobiliarias y en los malos manejos gubernamentales y empresariales a nivel global, el tener una carrera universitaria, cursos de especialización, diplomaturas, significa más que esperanza, ciertas certezas de éxito profesional, de ahí la importancia de las universidades.

Debemos también pensar que esta postmodernidad en la que vivimos, conocida por algunos como José Antonio Marina, como ultra modernidad o

contemporaneidad que se construye, es mucho más demandante en términos de encontrar soluciones para los desafíos cada vez más importantes, fantásticos y hasta aterradores que se nos presentan, con renovadas incertidumbres sobre el futuro de la humanidad, por efectos de la sobrepoblación, que han hecho resucitar las teorías y los miedos del viejo Thomas Robert Malthus, el clérigo anglicano británico, cuyo ensayo sobre la población mundial asombró y angustió al mundo; así como también la preocupación por el medio ambiente, el cambio climático, la ecología, término acuñado por el informe Brundtland en 1987, “Nuestro Futuro Común” y popularizado en la Cumbre de Río de 1992, una de las Cumbres de la Tierra, organizada por Naciones Unidas; el exceso de basura; los problemas económicos; el hambre en el mundo; los temas de la ética que van desde una moral individual hasta una moral colectiva y una serie de otras incertidumbres y alternativas que caracterizan la vida del ser humano de hoy, que no ha podido salir de la pobreza ni dejar de lado la corrupción en una combinación explosiva que no sabemos cuándo puede explotar a escala planetaria.

Los pueblos y los gobiernos demandan a las universidades más respuestas. La nueva tendencia es construir ciudades del conocimiento que vayan a la par de las universidades, tratando de encontrar esas salidas a los cuellos de botella que nos rodean por todos lados.

En este sentido, vale la pena indicar que la experiencia demuestra que esas ciudades del conocimiento pueden ser exitosas si se asientan en una especie de trípode constituido por la iniciativa pública, con marcos legales y recursos adecuados, la universidad como centro del conocimiento y de su propagación y el sector privado que es el que establece los mecanismos de demanda indispensables que alimenten y financien las investigaciones y los descubrimientos científicos, tecnológicos, de innovación.

Las demandas de la sociedad a la ciencia, deben interpretarse como las demandas de la sociedad a la universidad, de ahí su importancia. Cómo dar respuesta a la necesidad de producción de mayor cantidad de alimentos?. Cómo responder a los requerimientos de nuevos combustibles, no los derivados de los fósiles, y que al mismo tiempo sean baratos, asequibles, no contaminantes, no depredadores?. Cómo solucionar la ineficiencia de los sistemas de transporte que abarrotan las ciudades y las vuelven intransitables?. Dónde hallaremos la cura para el cáncer, el VIH y también de las enfermedades que aún no aparecen sobre la faz de la tierra?. Cómo superar la inequidad?. Cómo evitar que los polos se deslián y suba el nivel de todos los mares y los océanos?. Un cúmulo

de éstas y otras preguntas de las que los componentes éticos no están aislados, esperan la respuesta de la Academia.

La importancia de la investigación, de los avances científicos, es parte del deber ser de esa Universidad que necesita estar siempre en constante construcción.

El siglo XXI, este Tercer Milenio en el que nos desenvolvemos, está lleno de los más grandes desafíos, muchos de los cuales tienen que ver con la supervivencia misma de este planeta y sobre todo de los seres humanos, expuestos, como lo diría el geógrafo norteamericano Jared Dimond en su aterrador y esclarecedor “Colapso”, a una condición de aislamiento semejante a la que sufrieron los primitivos pobladores de la isla de Pascua, la mítica Rapa Nui, perdida en el Pacífico, parte de la Polinesia, ahora políticamente dependiente de Chile, que consumió todos sus recursos naturales y a quienes su condición de aislamiento les imposibilitó contactos que les ayudaran en su supervivencia, por lo que la civilización se extinguió.

La tierra entera aparece en un estado de aislamiento similar al que tiene una isla en medio del océano, sujeta a los mismos peligros en caso de consumo o extinción de sus recursos naturales y sin recibir ningún auxilio del exterior, como nos encontramos ahora nosotros en el espacio, en la vastedad del mundo exterior, ya que ni siquiera la carrera por la conquista del espacio ha traído información sobre vida en otros planetas, en otras galaxias, en otras dimensiones, por lo que no podemos dejar de advertir que estamos solos y que tendremos que salir del atolladero en el que estamos metidos, por nuestros propios medios.

Si no es posible tener apoyo del exterior, si consumimos todo lo que tenemos en esta especie de fiebre consumista que parece se ha apoderado de la humanidad entera, la respuesta nos la tienen que dar los investigadores, no solo a nivel de diagnóstico, sino sobre todo a nivel de soluciones.

Sabemos ya, que algunas de esas respuestas se han dado, aunque no gocen de la general aceptación, unas de ellas basadas en la famosa revolución verde propiciada por la FAO en décadas anteriores y que ha tenido exégetas y críticos de los más diversos, otras se perfilan con la modificación genética, o con los más aventurados avances de la geingeniería.

En todo caso, el papel de la Universidad y de la Academia aparece como fundamental, inclusive porque debe constituirse también en una especie de reserva moral de la humanidad.

El conocimiento científico debe estar en la cúspide del deber ser de las universidades, la creatividad, la forma de innovar, que de ninguna manera puede estar divorciada de la actividad artística, de las más nobles actividades del ser humano, de las tradicionales artes consideradas como bellas artes: música, danza, literatura, pintura arquitectura, escultura, cine, a las que podríamos ahora añadir las artes del diseño. Un excelente ejemplo que podemos mencionar en este sentido de aunar ciencia y arte, es la experiencia que está acumulando la moderna universidad de Aalto en Finlandia.

El segundo punto al que queríamos hacer referencia, es el que tiene que ver con la Internacionalización de la Universidad en este siglo XXI, y también a comprobar que en la esencia de las universidades, desde las primeras creadas bajo este nombre o las otras que tuvieron diferentes denominaciones pero tenían el espíritu que hemos descrito, existió, como existe todavía, ese afán de universalidad, es decir de convocatoria a los más diversos sectores y de necesidad de intercambio que ha enriquecido desde siempre al conocimiento.

Claro está que este afán de internacionalizar a las universidades, se siente más ahora, en los tiempos de la globalización en los que vivimos, sistema que existe pese a sus detractores y que es fácilmente comprobable si es que nos atenemos a una visión de la ciencia en la que juega un rol importante la comunicación, el medio ambiente y la economía.

En efecto, si bien la globalización no es un fenómeno tan reciente, baste recordar al famoso teórico de la mundialización, el padre de la sociología francesa Alain Touraine, quien decía que un buen ejemplo de mundialización lo tuvimos durante las épocas Victoriana e Isabelina, cuando los navíos ingleses surcaban todos los mares, sin necesidad de visas ni permisos, y las mercancías fluían. Decía, si bien no es un fenómeno tan reciente, cada vez más se va haciendo conciencia de que vivimos en la famosa aldea global de Marshall McLuhan, en la que estamos intercomunicados, -los satélites marcaron la diferencia- en las que nos relacionamos, en la que sabemos que nuestras actuaciones pueden tener un eco en el otro extremo del globo terráqueo.

Desde el punto de vista económico, cada vez es más evidente la interrelación de las economías en el mundo, sin distinción de si éstas son pequeñas o macro, inclusive las más grandes potencias dependen para su subsistencia de los otros países, como podemos comprobarlo cuando escudriñamos en las cuentas y balanzas comerciales de los Estados Unidos de Norteamérica, de China, de Alemania, de Japón, del Reino Unido, de Rusia, de Brasil y también de la

Unión Europea, o en las más modestas de Ecuador, de Bolivia, de Costa Rica, de Polonia.

China no vive sin la soya, el acero, el petróleo, el trigo, que le proporcionan los otros. La deuda de los Estados Unidos reposa a su vez en manos chinas.

Cuando quiebra un banco en España, Italia o Grecia, sus repercusiones se sienten en otros lugares. Cuando suben los precios del petróleo el mundo tiembla. Y así, los ejemplos podrían multiplicarse casi hasta el infinito.

De otra parte, el avance de la ciencia y sobre todo de la comunicación, hace que los inventos se distribuyan de forma casi mágica en todos los rincones del orbe. Podemos comunicarnos en tiempo real de uno al otro extremo del planeta. Vemos los espectáculos en el mismo momento en que éstos se realizan, no importa en qué escenarios acontezcan. Hablamos por teléfono o por skype, reímos con quien está al otro lado del mundo en el facebook o en twitter. Hacemos negocios a través de la banca virtual, conocemos a otros profesionales teniendo como herramienta linkedin; ya no consultamos las bibliotecas y enciclopedias en físico, porque las tenemos al final de la palma de nuestra mano, o mejor dicho, de nuestros dedos, porque wikipedia nos entera de los diferentes temas, porque hasta la más clásica de todas las enciclopedias en el mundo, la Británica también está ya solamente en línea y dejó su vieja y preciada presencia entre los libros impresos.

Finalmente, cuando abordamos lo ambiental, la preocupación por nuestro entorno, por lo que nos rodea y forma parte de la cotidianeidad de muchos, debemos coincidir en que hacemos parte de la misma embarcación, es decir estamos todos juntos en este planeta tierra. Hay constancias por doquier: Si se descongelan los polos, todos los océanos y mares subirán en su caudal, poniendo en serio riesgo todos los territorios ribereños; el calentamiento de las aguas hará que huracanes, tsunamis y tifones sean cada vez más frecuentes y más estrepitosos y de más largo alcance. Si alguien tala un pedazo del bosque amazónico, explota una bomba en el lejano Pacífico Sur, si se muestra desconsiderado con su ambiente, serán los países en los más distantes lugares el planeta los que sufran. Si el agua es contaminada por mercurio en un río andino o amazónico, las consecuencias pueden sentirse en las costas norteamericanas o europeas bañadas por el Atlántico.

Las pruebas fehacientes de la globalización están por todo lado.

Sin embargo de ello, nunca como ahora se han agitado los localismos, el amor por lo que es el terruño, el espacio donde nacimos; el querer defender las costumbres, la cultura, la religión, lo étnico, en unas conjugaciones que debemos considerar locales, algunas de ellas llevadas hasta el extremo de la intolerancia, que no nos permite ver aquello que está más allá de nuestras narices y que provoca enfrentamientos basados casi siempre en el irrespeto, el desconocimiento de los valores de los otros, de la riqueza de la diversidad.

Siendo términos aparentemente contrapuestos lo local y lo global, la necesidad y la propuesta es hablar de un mundo “glocal”, en el que no repugne aceptar las diferencias, en que no juzguemos a los otros bajo parámetros únicos, porque no es uniforme la manera de pensar, y en la que aprovechemos los avances de la ciencia que parecen hacernos más fácil la vida.

Por ello, cabría pensar que no todo tiempo pasado fue mejor, al contrario, si actuamos responsablemente, cabrá aspirar a un mundo futuro mejor, más “glocal”.

Ciudadanos glocales son los que usan la tecnología en su beneficio, pero que al mismo tiempo guardan las tradiciones de la tierra, las costumbres familiares, las formas de hacer las cosas de nuestros coterráneos o de nuestros abuelos, respetan la diversidad, son tolerantes con la diferencia, son curiosos respecto de lo que no conocen y su sed de aprender no tiene límites.

Cuánto demoraba un hogar en abastecerse de agua, cuando la mujer debía preparar la comida? Los traslados desde el interior hasta las grandes capitales, requerían el dictamen de un testamento previo al viaje, por temor a los tiempos y a los peligros del camino. El tiempo para el ocio creativo estaba limitado prácticamente a cero.

Los inventos, las creaciones, son los responsables de todas estas mejoras, pero también, en ocasiones, de la aparición de problemas, como el agostamiento de los suelos por el uso de abonos, de agroquímicos, de fungicidas, de los cultivos extensivos; como la proliferación de las armas nucleares por el mal uso de la fisión del átomo; como el abarrotamiento de las calles por los innúmeros automotores existentes.

En todo caso, si bien han existido sociedades cerradas al contacto externo, el ser social del hombre ha hecho que el inter relacionamiento sea posible y deseable en la mayor parte de las sociedades, ya sea movidos por el afán de conseguir recursos, de hacer negocios o de ejercer dominio.

Las actividades bancarias, si bien se sitúan en sus inicios en la antigua Mesopotamia, en el famoso Templo Rojo de Uruk, con una cierta continuidad en las Trapezitas griegas, ubicadas en las ciudades portuarias; sin embargo, cuando hablamos de los antecedentes más inmediatos, debemos mirar hacia los Países Bajos, a Flandes, a Bélgica, a Génova, Florencia y Venecia, donde surgen entidades bancarias, ya se prestaba dinero y los documentos se generalizaron para responder por esas negociaciones. El flujo de capitales, comenzó a recorrer los centros poblados más importantes. Los seres humanos también se movieron, y no nos referiremos aquí a la vocación trashumante de los primitivos, agrupados en hordas o en tribus, compelidos a moverse para encontrar comida en base a la recolección, la cacería, la pesca o en búsqueda de protección y refugio por los ataques enemigos, o expulsados por los fenómenos naturales: erupciones volcánicas, terremotos, sequías, inundaciones, o también por la búsqueda de trabajo y de recursos económicos; los ejércitos mercenarios no son patrimonio de nuestra era, existieron de mucho tiempo atrás.

Las guerras santas contribuyeron a la movilización de las personas, el llamado de los cruzados, las convocatorias desde los minaretes, todo ello se sumó a este afán de moverse.

Las universidades atraieron a otros pensadores, los centros de estudios se beneficiaban de la llegada de nuevos conocedores.

Sin embargo, podríamos decir que la actual movilidad de estudiantes universitarios es uno de los más importante síntomas de la internacionalización de las universidades, porque no se trata ya de movimientos que, aunque ciertamente importantes, no eran tan frecuentes, de profesores universitarios, necesitados de interactuar, sino de los alumnos, quienes se acogen a infinidad de oportunidades que el tiempo actual les ofrece.

La mayor movilidad se registra entre estudiantes de postgrado que requieren obtener títulos de tercer y de cuarto nivel, fundamentalmente maestrías y postgrados, para lo que deben vencer algunos obstáculos como los financieros y los que tienen que ver con los idiomas requeridos en las universidades de

destino, así como las tradiciones y comportamientos familiares. Si bien, el inglés, casi que como idioma universal ha facilitado mucha de esta movilidad e intercambios.

Desde hace algunos años a esta parte, los gobiernos han creado ciertos estímulos para que los mejores estudiantes opten por becas de postgrado.

Es solamente después de la segunda guerra mundial y sobre todo a partir de la década de los sesenta, cuando las universidades norteamericanas empiezan a tener un importante número de estudiantes extranjeros, cosa parecida ocurre con las universidades europeas, y más recientemente con las Canadienses y Australianas.

América Latina ha provisto de estudiantes a los otros continentes, el tránsito intrarregional ha sido menor, con excepciones debidas a situaciones políticas o económicas, por ejemplo el flujo de estudiantes chilenos a universidades ecuatorianas, peruanas, en la década de los ochenta, o la más reciente concurrencia a universidades argentinas por sus costos más reducidos o inclusive a las bolivianas que han tratado de asimilar su malla curricular a las brasileñas para una mayor captación de estudiantes en áreas como medicina u odontología, por temas como mayor facilidad de ingreso, menos requisitos y más bajos costos.

La internacionalización de las universidades, debe constar dentro de sus planes estratégicos, de manera que se avance en programas puntuales referentes a la consecución de los objetivos.

Esa internacionalización pasa por la firma y ejecución de acuerdos entre universidades, por la ubicación de áreas de cooperación y envío tanto de docentes como de alumnos.

De igual manera las propuestas de grupos de naciones como la Comunidad Europea con los proyectos Erasmus, Leonardo da Vinci, Visitas de Estudio, constituyen excelentes oportunidades para jóvenes tanto de dentro como de fuera de la Comunidad.

Hay planes de universidades específicas para recepción de alumnos.

Hay propuestas de países respecto a la formación de su talento humano en las mejores universidades del mundo.

Hay esfuerzos personales de jóvenes estudiantes decididos a cursar estudios en universidades fuera de su territorio nacional.

Los beneficios de la internacionalización están a la vista, enriquecen tanto a los visitantes como a quienes los acogen. Abogan en pro de la tolerancia en base al conocimiento de la diversidad. Establecen más fácilmente networks que hacen más factibles investigaciones y resultados probados en diferentes realidades.

También optimizan los recursos humanos y ponen al alcance de los jóvenes una mayor cantidad de conocimientos, que si bien tienen ahora la facilidad de obtenerse con educación a distancia y las facilidades que brinda el internet, nada hay tan aleccionador como el contacto humano y el contacto directo con las realidades diferentes.

El siglo XXI transcurre a una velocidad que permite asimilarla al flujo del agua corriendo por entre los dedos de las manos extendidas, o tal vez de las arenas del mar que no permiten ser sujetadas por un tiempo muy largo, tanto que a veces perdemos el aliento ante el vértigo de lo nuevo a lo que estamos expuestos cada día.

En alguna oportunidad asistí a una conversación acerca del envejecimiento y caducidad de las universidades y academias frente a las nuevas posibilidades de acceder al conocimiento. He pensado recurrentemente en lo que escuché, sin que varíe mi convicción de que la universidad y la academia siempre serán necesarias, no solamente por el conocimiento en ellas acumulado a través de sus historias y de lo que sus maestros crean y transmiten cada día, sino porque la universidad y la academia están llamadas a reinventarse cada día, y para ello, los instrumentos más idóneos son la internacionalización y la capacidad creadora de sus científicos, literatos, creadores y artistas.

## **BIBLIOGRAFÍA**

José Antonio Marina, Crónicas de la Ultramodernidad, Editorial Anagrama, Barcelona, 2000.

Thomas Malthus, Ensayo sobre el Principio de la Población, Artículo de la Enciclopedia Británica.

Jared Dimond, Colapso, Editorial Debate, Barcelona, 2005.

Stephen J. Dubner y Steven Levitt, Freakonomics, Editorial William Morrow and Company, 2005 y Super Freakonomics, 2009.

Alain Touraine, Conferencia impartida en Sevilla, 1995.

Marshall McLuhan y la Galaxia Gutenberg, artículo de Fernando Ureña E., 2009.

Informe Brundtland, Nuestro Futuro Común, 1987, internet.





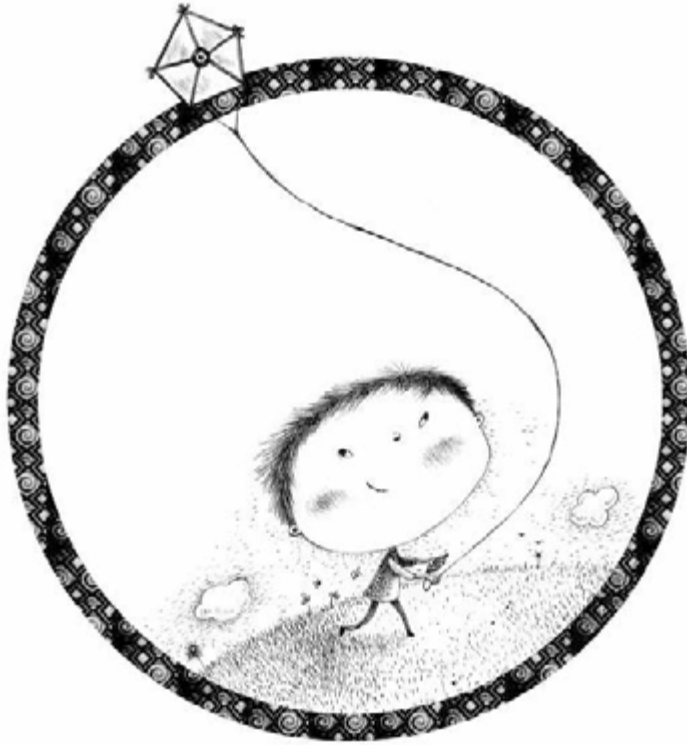
**Trabajo aportado por la nueva  
Académica de Honor**



Jerónimo  
y los otros Jerónimos



Jerónimo





# Prólogo

Veinte y dos capítulos, veinte y dos poemas. No son solo poemas, son pensamientos de una filosofía extraordinaria. Son gotas de luz; brillantes, iridiscentes; lágrimas de amor; pétalos de ternura; amor del más puro.

*Jerónimo* es un libro extraordinario. Es cierto que mi condición de padre de la autora, de abuelo y médico de Jerónimo, no me hacen imparcial, pero sí, más sensibilizado para tomar de este cofre de ternura, cada una de las joyas literarias y sentir en mi corazón un torrente de amor.

Este libro debe ser leído por todas las madres de un niño especial como Jerónimo, por los padres, por los hermanos, por los educadores y, desde luego, por los médicos. El enfoque que Rosalía da, a lo que puede ser su tragedia, transformándola en una bendición, puede caer como un bálsamo sobre el corazón de los que sufren por tener un “niño especial”. Ella descubre una nueva dimensión de la vida, y cuando dice: “Contigo aprenderé muchas cosas, a apreciar cada minuto y cada hora en que te tengo, a saborear tus sonrisas y guardarlas en mi mente, a pensar que las rosas no son casuales, sino que alguien dirige el deshacerse de los haces de luz en tu cabeza, el apareo de los pájaros, el sonido de la hierba que crece”; o cuando exclama: “pienso que estás destinado para nosotros, para ser el centro de nuestro hogar, el vínculo de unión irresistible, el maestro

que nos enseñará a no preocuparnos por nimiedades sin sentido, el que hará frenar nuestro correr precipitado por la vida y por sus realizaciones”; formula una nueva filosofía de vida, transformando en dicha y en paz, lo que suele ser considerado como desgracia.

El síndrome de Down se presenta, por lo menos, en un caso por cada cien nacidos vivos; es decir, que millones de madres, millones de padres, cada año se enfrentan a una realidad para la que no están preparados. *Jerónimo* es un libro que puede ayudar a todos; puede ser un baño de dulzura, una fuente de ternura, que podría cambiar el sentido de millones de vidas.

**Moisés Arteaga Lozano**

## I

Siento sus movimientos en mi cuerpo, con mis manos toco las pequeñas protuberancias que hacen a la piel de mi vientre tensarse más y más, y trato de hacer a fuerzas de caricias, que retire ese pequeño codo o piececito inquieto. Le siento vivir, le sé hermoso, le imagino fuerte, intranquilo por salir a reunirse con nosotros que le esperamos con gran ilusión.

Otra vez mis manos acarician mi redondeado vientre y tratan de adivinar su rostro y sus facciones. Con los ojos cerrados me parece sentir el roce de su pelo o de su lengua buscando ansioso el pezón caliente, el seno tibio.

No tengo ningún temor, me siento al borde de la cama o con la cabeza y la espalda apoyadas en la almohada; le imagino, y los meses se desgranán, los días y las horas van transformándose en pasado, acercándose una vez más, haciendo que vaya creciendo y tomando los rasgos que la naturaleza y la herencia le tienen destinados: el color de los ojos y del pelo, la suavidad de la piel, la línea de la boca, el perfil de la nariz.

Cierro los ojos y ya casi puedo acariciar su cabecita que se insinúa en mi vientre.

Me parece que los momentos le acercan; que en esta noche quiere poner fin a su encierro; que en la madrugada su cabecita inquieta quiere asomarse, salir, con movimientos necesariamente bruscos, resbalar y caer entre las manos

expertas del médico que le recibe, entre las manos amorosas de su abuela que le espera.

Has nacido, Jerónimo... Te llamaré así, tú serás Jerónimo. Lanzas un chillido agudo que mis oídos se deleitan en captar. Estoy cansada, el esfuerzo, el trabajo de respirar conscientemente, de no tensar las manos, de imaginar como será, el de evitar con mi mente que los dolores sean extremos me han dejado tendida, sin ánimos para levantar la cabeza o para tantear mi abdomen, que se ha quedado como una bolsa vacía y arrugada, como una cáscara que ha arrojado ya su nuez, su entraña, ese ser que quiero ver, al que el cansancio no me impide extender la mirada, e insistir con voz jadeante, cual si procediera de más allá de las cuerdas vocales, que me lo traigan, que acerquen ese cuerpecito morado, a ese ser de ojos que se vislumbran grandes, pero que permanecen encerrados; acaricio las manitas arrugadas, veo sus uñas lívidas, su cuerpo gordezuelo y pido que lo envuelvan; tiene frío, la madrugada produce un lagrimeo en los ojos y la nariz se humedece en la atmósfera helada de una sala de partos.



## II

No puedo dormir. Me siento extraordinariamente bien; he dejado de sentir las contracciones dolorosas; tengo a mi hijo acurrucado en la cuna y oigo su respiración. Pedro dormita y a otros ratos contesta mi charla incesante, mis planes para Jerónimo, mi relato de la experiencia vital, del hecho maravilloso que se repite, pero que jamás es el mismo, que parece que fuera único, de traer al mundo un hijo.

Y este hijo, este Jerónimo soñador dulce en sus recuerdo del claustro, salió recién de ese líquido especial que lo envolvía y se separó hace apenas minutos y horas del cordón que lo ligaba a mi cuerpo; duerme plácido; quiero creer que duerme plácido, que ninguna angustia aprisiona ese pecho movido a compás, que a veces se agita como demostrando que vive y que vive para mí.

Apenas me atrevo a descorrer el tul para echarle una mirada, para observar su carita y las manos enguantadas sobre la sábana.

Las luces van haciéndose en la habitación; descubro que la clínica también tiene árboles con pájaros que anidan en sus ramas y cantan como los besos en mis mejillas. Sus gorjeos alegres suenan como una bienvenida a mi hijo, y soy feliz, me exalto; no es una felicidad tranquila, tiene que volcarse hacia afuera.

Con cuidado, tratando de no despertar al esposo que descansa luego de la tensión y de la lucha en la sala de espera; de no sobresaltar a mi hijo, me levanto, despacio, sin forzar a ese cuerpo que ha trabajado y ha obtenido su premio; las persianas de las ventanas están bajas, espío y veo al Sol dejando sus escondites nocturnos y elevándose, en medio de las tonalidades suaves que irradian de él, hacia el centro donde debe brillar.

Me quedo contemplándolo, oyendo los gorjeos emitidos por los gorriones, sintiendo la calidez que me invade, y la emoción hace a las lágrimas encontrar su camino y elevarse hasta mis ojos, para resbalar despacito y caer en mis manos aferradas a los maderos de la ventana.



## III

Deben sacar las flores de la habitación. Jerónimo está cárdeno y parece no respirar bien.

Se suceden los exámenes, duerme en la incubadora, deja vacío este cuarto de clínica, siente las miradas contemplándolo con admiración o con lástima al través de los cristales. ¡Te ves tan indefenso con el pañal blanco y tu camisa azul!

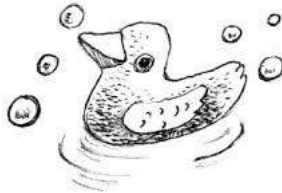
Son horas de angustia, en que las dudas se insinúan, pero que la ciencia no confirma; él está bien, nos dicen y sentimos el pecho ensancharse y que todo el aire contenido se escapa para dejarnos tranquilos. Él está en casa ahora, duerme mucho, le fascina jugar con el seno caliente que succiona ávido, sonrío, le gusta sentir el contacto de mi piel cerca de la suya.



## IV

Ya no siento miedo; a veces un poco de inquietud cuando duermo demasiado, cuando contemplo el arco que forma su cabecita con el cuello o sus manos pequeñas.

Siempre está caliente. Le gusta que le bañen y que el agua le recorra el cuerpo y le cause cosquillas con sus gotas. Me gusta Jerónimo: hay una especial dulzura en su mirada, en su sonrisa, en el brillo de sus ojos plácidos. Le saco al sol y agita los pies y los brazos. Este cuerpo sonrosado ha decidido ser sano, no dejarse amilanar por las sospechas. Se adormece en mis brazos; ríe cuando le hago cosquilla en los codos o en las palmas de las manos; su color sonrosado me dice que está bien.



## V

Sé que es un ángel; le gusta sonreír y dejar que le abracen; su padre le mordisquea la oreja, yo le canto canciones que repito una y otra vez, pero a él no le cansan; siente un placer especial con la música; se queda muy quieto cuando coloco cajas musicales a su alrededor o cuando dejo que oiga muy suaves canciones para contemplar su alegría o los ligeros estremecimientos que lo sacuden, demostrando su agrado y felicidad.

Así es Jerónimo, mi ángel especial, este ser delicado, amante de la música, de las caricias, de los rayos del Sol, y del agua resbalando por su cuerpo, Así es mi hijo al que me une no solo un amor maternal, sino un algo especial, un sentido de protección mutua. Nada puede pasarnos si él está con nosotros, este espíritu pequeñito que ha querido asomarse a nuestro hogar, este enviado del cielo que se sabe bien recibido aunque no pueda sentarse a tiempo o brillar en la escuela.

Planeamos la vida familiar en torno a él: necesita protección y cariño más que ningún otro; pero Jerónimo sabrá, en su inocencia perenne, recompensarnos con un cariño semejante, con una ternura sin límites que atisbo en su carita de ojos rasgados, en su cabecita de cabello lacio y rebelde, en su exquisita sensibilidad por la música y por las caricias.

## VI

**J**erónimo: miro una escuela y sé que no podrás ir a ella, contemplo un jardín o un cielo azul y pienso que siempre podrás disfrutarlos sin preocupaciones.

Jerónimo: oigo decir a las madres que sus hijos sacan buenas calificaciones, que progresan día a día, que luego serán personas importantes, y sonrío. Te he aceptado como eres, después de la sorpresa, de la angustia, del creer que el mundo se acaba y que nada tiene sentido; he comprendido: eres un niño especial, nacido para ser querido y rodeado de atención.

Jerónimo: amarás a los pájaros, no tramarás ninguna diablura, querrás permanecer siempre asido a mi falda o de la mano de tu padre y pienso que estás destinado para nosotros, para ser el centro de nuestro hogar, el vínculo de unión irresistible, el maestro que nos enseñará a no preocuparnos por nimiedades sin sentido, el que hará frenar nuestro correr precipitado por la vida y sus realizaciones. Jerónimo: eres nuestro y te queremos; despiertas las sonrisas y las lagrimas en los abuelos y en las tías, en todo el que sabe de tu condición de ángel, en el que cree en ti como en un regalo de Dios, en el que piensa que tu sonrisa vale más que muchos triunfos que se borran con el paso de los días.

No olvido tu sonrisa Jerónimo, la tengo presente en mi mirada: las comisuras de tu boca se distienden con tanta

ternura y tanta gracia que, a veces, toco tus labios con los dedos y hago descansar mis mejillas entre ellos para sentir el roce cálido, la ternura palpitante, esa ansia de comunicación que en ti anida.

Jerónimo, eres mío más que ningún otro hijo que la vida pueda regalarme; me necesitas y yo a ti. Pedro Francisco crecerá, dejará de depender de mí y de mis cuidados, pero tú serás siempre el compañero alegre, el angelito empeñoso en aparecer limitado para probar a las gentes, no obstante poseer en el fondo de tus ojos una chispita traviesa, que a veces ilumina cuando se siente aceptado y comprendido, o se apaga desilusionada cuando alguien cree que debe compadecerlo o lo piensa como obstáculo para sus padres y hermano.

Jerónimo, tu alegría tranquila me acompaña; contigo todo es más hermoso, más diáfano y puro. Gracias por dejar que te quiera, por acurrucarte en mi seno, por permitir que te cubra de caricias y besos.





## VII

**H**ay días en que pongo todas las cajitas musicales de la casa alrededor de su cuna, y es cuando más feliz le veo, cuando sonrío con más ganas y hasta deja oír gritos de satisfacción y pequeñas carcajadas.

Le miro, me río también; el abuelo acude y comparte mi alegría; él me ha enseñado a entenderle; Pedro juega contigo en la cama y tus dedos se enredan en sus cabellos; te canta canciones de marinos y soldados, te acaricia suavemente la cabeza.

Pedro quiere comprarle gallinas que pongan huevos tibios que aprenderá a recoger y palomas que coman en sus manos para que pueda conversar con ellas. Yo quiero comprarle cometas a que vea cómo el hilo se le escapa entre los dedos y se lleva ese pedazo de papel coloreado hacia las nubes.

Tiene una cara dulce, con hoyuelos sonrosados, con encías que se muestran en su rostro permanentemente alegre; hay brillo en sus ojos.

Sus manos han aprendido a sostener mis dedos, a tratar de retenerlos un momento más, como buscando protección; son calientes, de uñas delicadas, extremadamente expresivas; cada vez que pienso en ellas y en cómo me acarician el rostro, me siento trasportada a un mundo de dulzura, de ternura infinitas.

Digo su nombre una y otra vez y sus ojos me buscan intentando levantar la cabeza pero se le cae despacito sobre las almohadas.

Jerónimo tienes lindos los labios, tan delgados, y las cejas en las que a veces el sudor deja gotitas brillantes.

Le gusta comer, prefiere los dulces y la leche tibia; su lengua sonrosada y puntiaguda se deleita y hace ruidos de satisfacción cuando le acomodo y sostengo entre los brazos para hacer que la comida le sepa mejor.

Jerónimo, mi ángel especial, vas a hacerme feliz; contigo aprenderé muchas cosas: a apreciar cada minuto y cada hora en que te tengo, a saborear tus sonrisas y guardarlas en mi mente, a pesar que las rosas no son casuales sino que alguien dirige el deshacerse de los haces de luz en tu cabeza, el apareo de los pájaros, el sonido de la hierba que crece.



## VIII

Me han regalado un disco de canciones infantiles; le gusta la música. Mientras más le rodeo de cajitas musicales, más excitación y emoción veo en sus ojos y en su sonrisa. Pedro Francisco salta y brinca y quiere bailar y mete mucho ruido; le sigue con su mirada risueña. Yo le digo que es el hermano mayor y que debe cuidar a este niño eterno que es su hermano, a este angelito regalado por el cielo, que va a necesitar mucha comprensión y cariño.

Pedro Francisco todavía no puede entenderme, pero en él se ha hecho natural acariciar la frente de Jerónimo, de Jeromín como a él le gusta llamarle, y agita las sonajas y trata de manejar la cuerda de las cajas de música, de bailar a su alrededor haciendo todos los chistes que sabe. Jerónimo lo ve y esconde las manos, como queriendo demostrar que él siente y aprecia ese cariño.

La música suena: los animales juegan en el bosque, producen sus sonidos peculiares; los ritmos son suaves o sonoros y mi hijo se transporta a regiones a las que no puedo seguirle; es feliz y a mí me hace feliz; está tendido en la alfombra o en su corral abrazando un collar de cuentas rojas que se ha convertido en su juguete favorito; el roce liso de las bolas transparentes y brillantes le causa una sensación de goce, de placer verdadero, al igual que cuando hacemos danzar ese collar delante de sus ojos y la luz de la lámpara le arranca

lucécitas brillantes atrayendo sus miradas, que no se cansan de contemplar y de oír el ligero tintineo que producen.

Tiene en sus manos un poder especial; tanea mi cara como un roce tan suave como las hojas de los eucaliptos, que me producen cosquilleos en los ojos y no sé si son de lágrimas o de risas; le gusta aferrarse a mi brazo, a mis dedos, o abrir ampliamente sus pequeñas manitos para dejar que se posen sobre el pecho o que froten ligeramente las cobijas o los juguetes de caucho.

Si quiero oír cualquier tipo de música, tengo un compañero que goza y que disfruta cada arpegio que captan sus oídos sensibles. Los sonidos, al penetrar por sus órganos auditivos producen una alquimia en su ser, una magia que hace a su espíritu elevarse; él es casi solo espíritu; no deja que lo adivinen demasiado bajo esta envoltura de carne. Lo contemplo, de cerca o de lejos; es un niño delicioso, un ser apacible y bueno que conquista con su ternura.

Se queda dormido con facilidad, sobre todo cuando re-cuesta su cabeza de cabellos rebeldes en la almohada, que le susurra una suave canción de cuna.

Cuando duerme, me dan ganas de apretarle entre mis brazos, de decirle cosas lindas al oído, de tenerle siempre así, tan pequeñito y tan mío. Se le adivinan las venas azules en las sienes y en los brazos; su sangre corre despacito temiendo despertarle; una respiración tranquila le mueve rítmicamente el pecho; las manos extendidas con las palmas hacia arriba le muestran como un ángel que quiere repartir sus dones, hacer de esta casa y de nosotros un montón de cosas bellas que complazcan su sentido del cariño y del amor.

## IX

He encontrado en una tienda un osito muy pequeño para ti. Es de felpa suave, de ojos negros, la cinta que le anuda el cuello ligeramente teñida de azul; es un osito de felpa celeste y se te parece tanto, que río y tengo que comprarlo, para que tus manos lo toquen también y puedas dormir con él abrazado por las noches.

¿Te gusta Jerónimo este osito que también se llama Jerónimo? Su color es tan lindo, su expresión tan ansiosa de cariño y de abrazos; va a gustarte, ¡me imagino la cara que pondrás! ¡Cómo vas a extender los brazos para cogerlo!

Mientras lo llevo bajo el brazo, pienso en tu cara y tengo que desenvolverlo y mirarlo de nuevo; su nariz es tan brillante. Lo abrazo y la gente me mira extrañada; no me importa; es como si un pájaro que se te pareciera o un gatito pequeño se hubiera venido a parar en mi hombro o en mi falda.

Jerónimo, es de noche y no puedo mostrarte este inverosímil osito celeste que he comprado para ti. Lo coloco a tu lado para que te caliente y cuide; mañana te lo mostraré; haré que baile con alguna de tus músicas preferidas.

Quiero que amanezca pronto para podértelo mostrar. Esta noche no he dormido bien, he sentido una naricita puntiaguda, fría y risueña junto a mi mejilla. Este juguete me está llenando de una gran ilusión por ver tu cara feliz.

Empiezas a moverte en la cuna; con el rabillo del ojo veo cómo las sábanas y cobijas se levantan impulsadas por tus pies; tus gorjeos y movimientos me avisan que estás despierto, que tienes hambre, que quieres verme junto a ti. Has callado; de pronto ya no te mueves: en tu radio de visión has captado unas motitas celestes, has descubierto tu regalo, el oso del color de algún cielo ha conquistado tu afecto.

Las manos hurgan y pugnan por acariciarlo, se impulsan pero no pueden asirlo; sus fuerzas no le alcanzan, necesita ayuda; poco a poco, como haciendo que la expectativa dure más, muevo mi mano en dirección al oso celeste y se lo acerco, dejo que lo toque con su delicadeza habitual y contemplo con un ligero velo de lágrimas obscureciendo mi visión este encuentro de Jerónimo con el osito que se le parece y que casualmente he encontrado para él.



## X

Por las tardes, cuando no sopla el viento o cuando éste apenas se entretiene para jugar suavemente con los pétalos de las flores o con las alas de las moscas remolonas, suelo sacar a Jerónimo para que el Sol forme sus piernas y pulmones robustos; lo desnudo y lo dejo boca abajo; la brisa y el Sol se confunde sobre su cuerpo. Pelusa, una perrita blanca, trata de acercársele para probar con su lengua el sudor de mi hijo; la alejo, pero ella insiste y al final acabo por ceder dejándola que se acurruque en mi falda o que jugueteé alrededor de Jerónimo.

Le gusta también recibir el Sol en la cara y contemplar las nubes. Parece pensar que allá tuvo su morada, entre esas capas blancas con transparencias rosas o celestes, teñidas con reflejos dorados, lilas, púrpura, grises, conforme van sumergiéndose en la luz.

Adivino en sus ojos las sonrisas, los misterios tras ellos escondidos; no se cansan de ver deslizarse estas nubes que parecen ositos de juguete, flores de pétalos irregulares, canciones de cunas transformadas en dibujos. Aspira el aire con deleite, sus manos expresivas se tienden hacia arriba tratando de atrapar algún ser alado de esa gama infinita que se le muestra a cada instante: motas de polvo que brillan, briznas de hierba casi inimaginables para mí, polen de color amarillo que se dirige en remolino a fecundar otra

flor; son tantas cosas lindas que no pasan desapercibidas por él: el color de los tomates colgados de los árboles, esa rosa mertiolate que ha dejado de ser botón, el deslizarse cauteloso de las patitas de algún pájaro que todavía no ha advertido nuestra presencia o, aun sintiéndola, no puede escapar a la tentación de comerse los pedazos de kikuyo recién cortado, o las semillas de los tréboles.

A veces respira o balbucea suavemente; parece haber conseguido su propósito y los puños se le cierran, porque ha sentido en sus manos el contacto de la partícula transparente o el color de un rayo de sol perdido entre los dedos.

Jerónimo es así; no le interesa aprender a manejar la cuchara o erguirse derecho cuando trato de sentarlo en la cama o encima de una silla; tampoco cree que tenga importancia el que su cuello sea poco firme o su cabecita se le caiga sobre el pecho; para él es mucho más valioso conversar en lenguaje misterioso con la brisa o con las gotas de agua que se le quedan en el rostro cuando lo baño. Le deja un sabor verdaderamente delicioso el saber que lo queremos, que nuestros ojos se comunican, que quiero tratar de saber lo que cruza por esa mente frágil.

Sus ojos y los míos ya saben entenderse: se pierden en mutuas contemplaciones, en el conocimiento profundo de que permanecerán unidas esas pupilas pequeñas y las mías.



## XI

Se sonríe, grita cuando la alegría se desborda de su corazón. Dice esos sonidos universales propios de los niños y que las madres solemos descifrar con ilusión, imaginando palabras donde tan solo hay balbuceos inconexos, tratando de adelantarnos a esa escuela paulatina que es el aprender a modular los nombres de las cosas, cuando la magia del mundo circundante, del universo que gira en su torno, se vuelve un algo imperioso obligando a esos paladares y lenguas a dilatarse o contraerse para designarlos.

Una madrugada, de las tantas en que sueles despertarme con esa música que se forma en tu garganta, me pareció que el primer “mamá” se había deslizado por entre tus labios. Cuando te miré, te contemplabas las manos, moviendo los dedos uno a uno como si te los contaras por repetidas veces; una pícaro sonrisa queda como el recuerdo de alguna risa amplia, y los dedos son el pretexto en que parece encontrarte para que se exteriorice el efecto que esa única palabra oída ha producido en mi ser.

No se si estrecharte contra mí muy fuerte o acariciarte la frente, si agitar una sonaja o he de repetir mamá una y otra vez para ver si vuelves a decirlo. Creo que hice todas esas cosas a la vez; en tus ojos se lee la alegría que se me contagia también.

Contigo entre los brazos, di muchas vueltas, girando locamente, bailando y sintiendo tu cuerpo chiquito apretarse contra el mío. Jerónimo, me gusta tenerte tan cerca, tan quietecito, tan caliente; le tiendo en la cama y le miro esperando que vuelva a decirme mamá, pero no quiere; con una vez basta, parecen decirme sus ojos y yo estoy conforme; sé que sabes que te quiero, que quieres pagarme por ello; me siento satisfecha de quererte.



## XII

El flash de la cámara hace que cierre los ojos y que yo me ría, Pedro Francisco también quiere tomarle unas fotos; Pedro le deja jugar con la máquina pese a mis protestas.

El blanco le queda muy bien, y el amarillo, el rojo, no sé por qué; siempre le tengo con pantalones largos y con suéteres cerrados, con gorras, tal vez porque de recién nacido no se dormía si no le cubría con varias cobijas y colchas.

Me gusta verte de azul; es el color que prefiero y parece que la tonalidad se refleja en tus ojos; las manos y la cara se te ponen translúcidas, se te afinan aún más los perfiles de la nariz y de la boca.

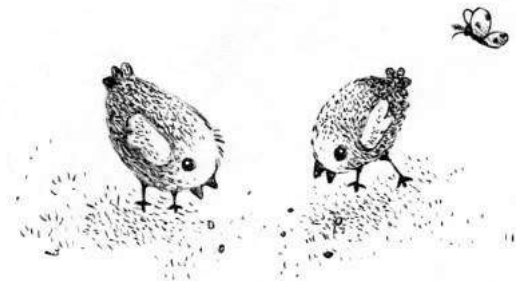
Hoy contemplo la lluvia suave y persistente mientras el Sol ilumina los tejados; el blanco plumizo del cielo casi hiere mis ojos y hago una visera con la mano sobre los tuyos para que también me acompañes en este mirar al cielo y a las cosas que parecen tan limpias y tan puras desde esta ventana en la que estamos apoyados los dos.

Jerónimo, eres tan pequeño y te siento tan mío, tan amigo, tan compañero; sé que me entiendes, que esa carita de ojos achinados y de cabeza bamboleante que no puede sostenerse erguida ni por unos momentos siquiera, se goza con mis confidencias; me consuela tu presencia, Jerónimo; ahora Pedro Francisco está en una fiesta de cumpleaños; yo

estoy sola y tú conmigo; no me canso de repetirte que eres mi ángel protector, que has nacido porque estabas expresamente enviado para mí, para mi hogar.

No te gusta el ruido que hace el avión cada vez que pasa sobre la casa y tiemblan todos los cristales de las ventanas; tampoco a mí me gusta; te aprietas contra mi pecho, trato de taparte los oídos y me dedicas una sonrisa, como todas las cosas tuyas, extraordinariamente dulce.

Te sé especial, Jerónimo; admito que al saberlo, el primer día, el segundo, tal vez el tercero, el desconsuelo me tenía con los ojos enrojecidos y las manos crispadas; pero ahora cada día amaneces con una sonrisa nueva, con tus manos suaves y expresivas extendiéndose hacia mí y agarrándose de mis dedos; sé que eres un enviado, un tesoro que debemos cuidar, soy feliz con tenerte Jerónimo, con cuidar de ti, con ver tus progresos lentos o simplemente con saber que serás simplemente feliz, que no te importarán las cosas pequeñas sino las verdaderamente invalorable: la textura de los pétalos de las rosas que se abren será tu preocupación cotidiana, el perseguir a los pollitos de plumaje amarillo, el atrapar mariposas y tiznarte la nariz y las mejillas con su brillo.



## XIII

Cuando te contemplo largamente y tus ojos no contestan las preguntas de los míos, cuando trato de sentarte sin conseguir que te quedes derecho a pesar de que ya tienes edad para ello, o si miro tus encías vacías y paso un dedo por entre esa carne sonrosada, tratando de adivinar unos dientes que se obstinan en no brotar, sé que eres uno de los miles de niñitos especiales que nacen en el mundo, que tu síndrome lo detectan otras madres y otros médicos, llenándose de angustia. Yo no quiero angustiarme; tu rostro de angelito achinado no va a dejar de sonreírme, ni tu mano de extenderse hacia la mía o de estremecerse de emoción cuando la aprisiono muy fuerte.

Tu abuelo, el papabuelo, se preocupa mucho por ti; te cuida, te mira, anota tus progresos en tu ficha, te roza también las encías para ver si los dientes se insinúan como pequeños granitos de arroz, o si mueves los ojos hacia la dirección adecuada; golpea las manos a los lados de tu cabeza; te examina las piernas y los brazos; el pecho y los pies; su mirada nunca está alegre cuando me dice que estás bien; no quiere mirarme porque sabe que leo en sus ojos.

Has empezado a comer menos; ya no te agrandan los alimentos que te preparo; tu respiración ya no es uniforme sino agitada. Jerónimo tus dedos se han vuelto pálidos, pero sigues sonriendo y eso me hace pensar que lo que tienes es

pasajero, que ya volverá el apetito y que continuarás retozando con los rayos del Sol y con las motas de polvo.

Tal vez quieras decirme mamá; por eso paso muchas horas leyendo a tu lado o simplemente contemplándote. Ya van diez días que he dejado de bañarte, por una especie de miedo irracional; no pareces tener gripe, ni tos, ni esas enfermedades tan comunes de la infancia.

Jerónimo, quiero verte sano otra vez, sentir tus energías vitales al contacto de tu mano; te quiero fuerte, sin rictus de dolor en las pupilas.



## XIV

Está intranquilo; las noches se le han vuelto una pesadilla; se agita constantemente y aun con los ojos cerrados parece estar permanentemente en vela. Cada día que pasa lo veo consumirse y perder las energías.

No sé que decirte, Jerónimo, todas estas noches con Pedro junto a tu cuna, contemplando tu sueño agitado, tu desasosiego, la pequeña desesperación que se advierte en tu pecho.

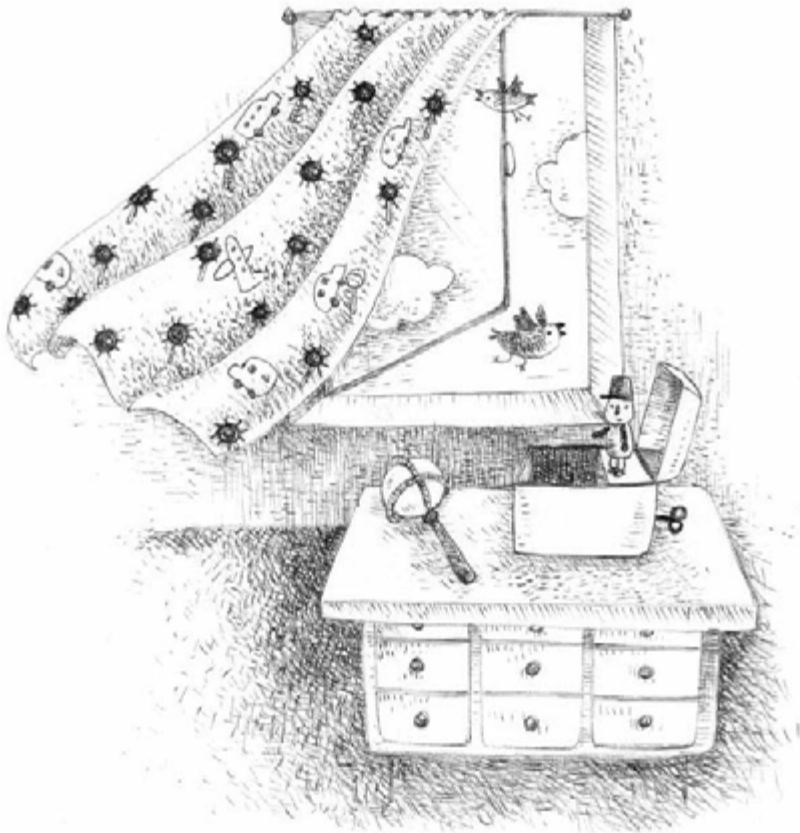
Los círculos morados que se me han impreso alrededor de los ojos parecen copiados de los tuyos. Se agita en la cuna y le traslado a la cama con almohadones más altos. No tiene tos, no transpira, su cuerpo está caliente y tiene los ojos débiles, apagados, cubiertos por una lámina triste, que no se identifica con el sueño.

Mi padre agota todos los recursos de su ciencia; mi madre deposita en él toda su ternura; ya no soporta la comida y la leche; tan solo acepta el agua de hierbas aromáticas siempre rosada y ligera, que a pequeños sorbos es lo único que logra hacer pasar entre sus labios delgados y resecos.

No sé que tienes, Jerónimo; me dan ganas de sacudir tu cuerpo sin movimiento para regalarte nueva vida; no me imagino esta casa sin ti, sin tenerte a mi lado para dedicarte mis cuidados.

Hay días en que parece mejorar, en que su cara se vuelve sonrosada y su pecho se mueve acompasadamente, hasta hace un esfuerzo para pasar los alimentos suaves o parece agradecer la leche resbalando por su garganta dolorida.

Ya no puede jugar calentado por los rayos del Sol, ni dejar que las gotas de agua se deslicen por su piel. No me atrevo a levantarlo ni a sacarlo al jardín; está casi como un prisionero de la casa y de una habitación; tengo la esperanza de que los cuidados hagan que vuelva a ser mi ángel de la ternura, que siga con sus miradas las evoluciones de los pájaros y de las nubes, que lance gritos de emoción cuando agito una sonaja frente a su rostro o que se extasíe con la música metálica de una cajita forrada de terciopelo.



## XV

Pasas con los ojos cerrados y el pecho agitado. Tengo miedo, Jerónimo. He visto las manchas que tapan tus pulmones y tu pleura; tu corazón es demasiado grande y ya casi quiere salirse de su cavidad.

Tu cabecita ha tomado el aspecto de un pájaro desamparado después de la lluvia, con los plumajes alborotados igual que tus cabellos, que no quieren alisarse por más que los acaricio con mis manos.

Agitas tu cuerpo como movido por un espasmo doloroso, te crispas con los ruidos disonantes; procuro mantener tu habitación en silencio, trato de alejar a tu hermano bullicioso que no comprende el porqué de nuestras caras tristes y el andar de puntillas con la cabeza agachada.

Te sonríes apenas cuando te canto despacito mientras te mezo en mis brazos; no soportas demasiado tiempo estar en una sola posición. Te cansas y casi ni levantas la cabeza cuando te coloco boca abajo sobre una almohada alta; las vaporizaciones de eucalipto y de Vick parecen darte algún alivio, manteniendo la atmosfera húmeda y más fácilmente respirable.

Tienes paciencia con los continuados exámenes; la temperatura alta se mantiene constante. Jerónimo, quiero ver tu cara dulce. Ahora estás deformado; la hinchazón de la cara y de las manos demuestran que tu circulación no es

buena; pareciera como si repentinamente hubieras engordado, pero la opacidad de tu mirada y tus sonrisas, la ausencia de gorjeos en la cuna, me dice que tú no estás bien. Te me estás yendo poco a poco y no puedo seguirte. Me aferro a tu cuerpo afiebrado. No quiero aprisionarte entre mis brazos. El aire apenas puede entrar por tu tráquea y beneficiarte los pulmones.

Jerónimo, quiero tenerte junto a mí, aunque sepa que jamás podrás llegar a culminar una carrera, ni andar por la calle sin que la gente se vuelva a mirarte. Te amo, Jerónimo de las manos pequeñas, de las piernas tan cortas; quiero verte crecer despacito junto a mí; quiero tenerte



siempre, rodeado de los detalles que te gustan; ponerte pantalones con tirantes, amasar juntos el pan, para verlo salir caliente y oloroso.

Somos los dos tan íntimos, hemos aprendido en tan breve tiempo la importancia del contacto de las manos y los ojos; no me interesa que tus pensamientos sean lúcidos. Una chispita de Dios está en ti. Eres parte de esa inmensidad eterna, que la adivino a través de la piel áspera de la planta de tus pies.

No me gusta verte jadear, alzar los brazos como tratando de atrapar un poco del aire que se empeña en ser mezquino, en no penetrar dilatando tu pecho y ensanchando tus pulmones.

Te he traído unas flores para que las veas: son rosas pequeñas de pétalos muy suaves. Quiero que las veas y tu visión te reconforte. El osito de peluche está a tus pies como abandonado y decaído; las sonajas y las cajas de música te rodean como queriendo protegerte.

No admito a mucha gente a tu alrededor, no te gusta recibir más que a muy pocas personas; los perfumes, los alientos te fastidian; lo he notado en tu ademán de volver la cara hacia otro lado; hay días en que solo toleras que se te acerquen tu padre, la abuela o el papabuelo que te examina.

Procuro estar a tu lado todo el tiempo. Cuando salgo, tu rostro está fijo en mi visión; estás en cada cara, en cada mirada que contemplo, como clavado en mis retinas. Tu rostro macilento va perdiendo frescura. Las lágrimas me inundan y me muerdo los labios y me clavo las uñas en las palmas de las manos para no sollozar; me aferro a la baranda de tu cuna y te contemplo agitado; las venas azules se han hecho más claras todavía; te siento más lejos y más cerca de mí...

## XVI

Llora, como quejándose, cada vez que le cambio de pañales, y yo lloro con él.

Piensa que van a inyectarle, a pincharle en las piernas y en los muslos los antibióticos que ya no resiste su estómago; le sujeto para que la aguja no le haga más daño todavía; tiene una serie de puntitos rojizos rodeados de aureolas moradas o azules; son las huellas que dejan los remedios tratando de salvarte.

No quiero dejar que te vayas, Jerónimo, pero tampoco puedo permitir tu martirio.

Las radiografías han sido un tormento; yo no fui quien te sostuvo entre los brazos para que los rayos otearan en tu ser; fue la abuela la que tensó tu cuerpo adolorido. Yo estoy esperando a una hermana para que juegue contigo, para que te cuide y proteja; quiero rodearte de hermanos cariñosos, de seres en los que puedas confiar y entregarles tu dulzura, tu manera de ser diferente, extrañamente plácida y dichosa.

No voy a dejar que crucifiquen tus brazos con alambres de sueros, ni que abran su pecho para tantear su corazón enorme; los médicos me han dicho que solo alargaré sus sufrimientos. Queremos que viva, pero no una vida de dolor. Su condición de niño especial puede hacerle eternamente feliz y eso es importante, pero su cuerpo está demasiado

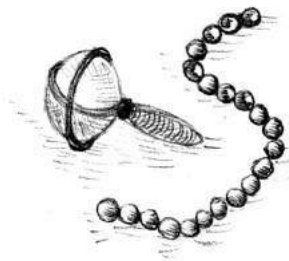
débil; no funcionan ya sus órganos, los signos de la vida se van esfumando poco a poco.

Me causa un dolor físico el verte sufrir, el ver esa transparencia violácea en tu piel; quisiera agotar los recursos extremos, llevarte en brazos e implorar que te curen, que no puedo dejarte ir.

Jerónimo, te has empeinado en dejarme; tu cuerpo se ha hecho pequeño para contener a tu espíritu delicado y eterno.

Quiero tener esperanzas y fe, pero los radiólogos ven cada vez más insuficiencias en su cuerpo, más alteraciones en sus órganos; me dicen que ya no es posible devolver los colores a su cara ni el brillo a sus ojos. No quiero creerles, deseo ver sus manos extendiéndose, contemplar sus uñas rosadas, sus dedos acariciando las sábanas y la barbilla de su padre.

Quiero verte jugar con el collar de cuentas rojas, conversar con tu osito celeste, agitar las pestañas movidas por el sueño, despertarme con tu respiración acompasada en el silencio de la madrugada, dejar que me hagas cosquillas en el seno o que acomodes tu cabeza de perfiles irregulares en mi falda.



## XVII

Esta mañana ha despertado tranquilo, sonrío y se contempla las manos; le toco la frente y me parece fresca; he aprendido a medirle la temperatura con los labios apoyados sobre su nuca o su cuello.

La fiebre le ha dejado, come y sonrío. Ha vuelto a vivir para mí; el nuevo antibiótico ensayado ha rendido su efecto positivo.

Los bronquios se le despejan, ceden ante esos corpúsculos pequeños que combaten a los microbios y bacterias; el corazón ya no retumba desacompañado; ha recuperado el equilibrio y le deja respirar en paz.

Duermes mejor, en estos días, que los estoy contando uno a uno. He vuelto también a sonreír Jerónimo. La luz se ha hecho más clara en esta casa, tus ojos me han comunicado que quieres quedarte con nosotros pese a los malos pronósticos.

La puerta de tu habitación está abierta. Quiero que mires el cielo. No me atrevo todavía a sacarte; podré hacerlo después, pero tus ojos que en días pasados estaban turbios se solazan con la luz que penetra con la fuerza de quien escapa de un encierro.

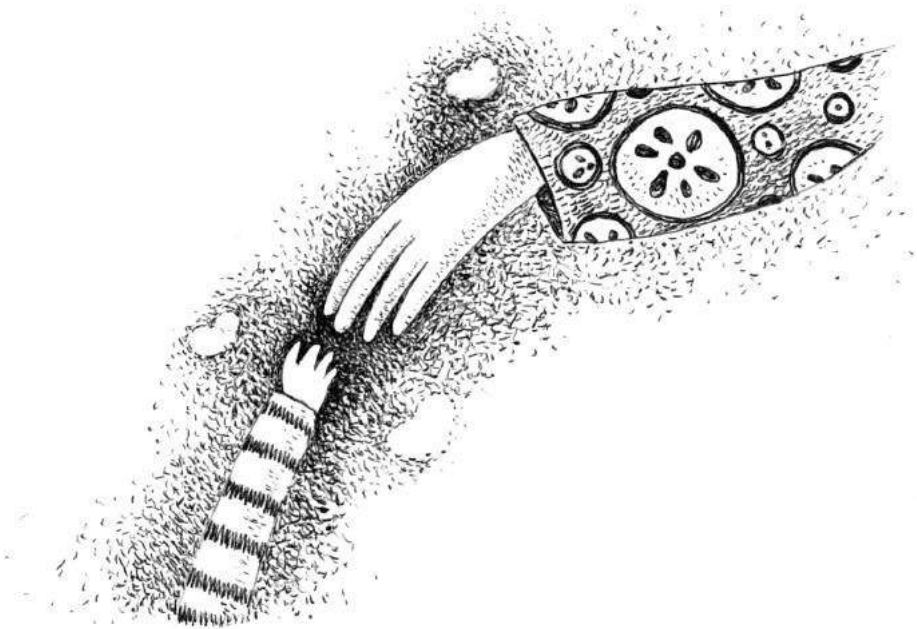
He retirado el agua que sirve para las vaporizaciones; una mancha desteñida ha quedado en la alfombra. No me importa, ni que la casa esté descuidada, ni de si mis clases

van bien en el Colegio; mis alumnas me han visto muchas veces con la cabeza baja para disimular las lágrimas. Ahora estoy contenta: vas a vivir para nosotros.

Le he quitado la ropa de dormir para ponerle un pantalón y un saco blancos y azules; le quedan bien; su carita se ve rosada y alegre; es como si una resurrección se hubiera operado en su ser.

Sigue siendo el niño de reacciones lentas, que deja que la comida se le escurra de los labios y que no hace ademán de sostener la cuchara; me he acostumbrado a su progreso apenas perceptible y no me importa el dejar que las horas transcurran haciendo que ingiera un poco de comida, o que la leche sea succionada lentamente. Te quiero así, Jerónimo.

Mientras le atiendo tengo tiempo de pensar; la vida transcurre sin prisa; parece acompasarse al ritmo de su crecimiento. Voy a vivir muchos años cuidándole y, en este mundo que corre tan ligero, mis años serán más largos.



## XVIII

Cada día que puedo gozarle es un regalo que trato de aprovechar al máximo. Mi padre me ha dicho que debo cuidarle del frío y he decidido no sacarle de la casa hasta que recupere las fuerzas.

No hago planes para ti, Jerónimo dulce; quiero dejarte crecer como quieras, sin forzarte a aprender las cosas que no te interesan; no quiero empeñarme en que aprendas a leer deficientemente sino que sepas apreciar el cariño y compartirlo. Tu naturaleza de ángel bueno te ha dotado especialmente para la ternura. Inspiras amor, mi amor y el de los que te conocen.

Las amigas me miran con compasión; tratan de consolarme y al final yo soy quien tiene que consolarlas a ellas. No se dan cuenta de que no es una carga para mí, sino un aliciente más para vivir, el acicate más poderoso para ejercitar mi comprensión.

Todos los días, como a las seis de la tarde, suele ponerse inquieto; quiere que le jueguen y distraigan, que agiten cosas brillantes y de colores ante sus ojos, que le paseen en brazos, que le canten canciones de soldados o de niños traviesos. Nos turnamos en entretenerlo; no podemos negarnos a su llamado delicado; la esperanza nos ha dado nuevos impulsos. Trataremos de cuidarle, de hacerle que olvide los momentos tristes en que su pecho jadeaba y pugnaba por respirar.

## XIX

**H**a vuelto a pasar una noche muy mala; no tiene fiebre pero se agita sin cesar y sus mano son como un escudo para hacer que nos retiremos dejándole espacio. Se niega otra vez a comer; presiento los días y las noches que le aguardan y no puedo contener las lágrimas.

La recaída anunciada se ha hecho presente, por mucho que deseábamos olvidarla en la euforia de su mejoría. Su corazón enorme y fatigado ya no quiere seguir arrastrando este peso.

Son incesantes los murmullos frente a su cuna. No permito a mis fuerzas decaer; trato de mantenerme serena pensando en que también esta vez podrás salir adelante.

Pedro Francisco se fastidia porque le hago callar constantemente y no le dejo que juguete cerca. Hasta en los peores momentos, cuando no dejas que ni yo te sostenga entre mis brazos o trate de incorporarte, no protestas cuando él te abraza con sus brazos pequeños y torpes; sonrías aun cuando trata de conversarte pese a nuestras advertencias de silencio.

Ya no acepta alimento, está hinchado, con las facciones como perdidas entre esos hoyos que se le forman. La abuela ha tenido que relevarnos algunas veces, por las noches, a ocupar la cama junto a su cuna para pasarse las horas oyéndole respirar, observando en la penumbra del amanecer

las ojeras que la falta de sueño, el cansancio del jadeo han dejado en sus ojos.

Somos tan breves, tan pasajeros, Jerónimo; no importa el tiempo que se viva sino la huella que esa vida deja en otros seres humanos, y tu huella es grande en mi espíritu; has sabido acaparar estos meses en que has querido vivir entre nosotros, mostrarte en ligeros atisbos como un ser especial. Veo el oso y la pelota de colores y los siento abandonados. Apenas respiras, sentimos que con cada esfuerzo se te van los impulsos vitales.



## XX

Esta noche ha sido espantosa. La abuela veló junto a tu cuna y nosotros hemos tratado de dormir. Cuando me adormilo en medio de mi angustia, me despierto como si tus jadeos estuvieran ahí mismo junto a mi almohada. No puedo esperar a que se haga de día para ir despacio a contemplarte.

Te tengo entre mis brazos; nunca he visto a la muerte de cerca; tan solo de pronunciar su nombre siento horror; es como si dijera tinieblas, espasmos, miedo.

Trato de hacer que succiones la leche y lo haces con avidez unos momentos, para quedarte luego cansado, laxo, sin movimiento; transcurren los minutos; ha desaparecido la hinchazón de tu rostro y la de tus manos; tus facciones se perfilan perfectas; tu respirar es acompasado en la cuna, duermes. Pedro Francisco juega con un mecano a mi lado; estamos solos los tres en esta mañana, que tiene sol y que se anuncia bella.

De rato en rato descorro el tul para mirarte; me pareces más tranquilo; tu cabeza descansa en la almohada; estás tan lindo así, quiero retener esta visión para siempre.

Pedro Francisco habla en voz baja: ha aprendido a controlar el tono de su voz para no molestar al hermano que duerme; estoy sentada al borde de la cama tratando de concentrarme en las respuestas que le doy. Siento una atmósfera suave y tranquila, como si quisiera advertirme

que Jerónimo ya no está conmigo. Un presentimiento, la ausencia del ligero ruido que emite su sistema respiratorio enfermo hace que levante otra vez cuidadosamente el tul; lo veo dormido con un color precioso; yo no sé de la muerte, no he querido que se me acerque. Trato de acomodarle el pelo y siento que el frío que se desprende de su cuerpo se traspasa al mío.

Los miembros antes suaves, ahora rígidos, la sonrisa para siempre congelada. Tan pequeño, tan desvalido. Quiero que el calor que enciende mi corazón tenga suficiente fuerza para insuflarle al suyo; quiero morir con él, desaparecer y hacer que mi alma y la suya se pierdan juntas en el viento, que las lágrimas que no pueden salir de mis ojos se mezclen con su sangre en las venas para hacer que mueva la cabeza, que con su mano intente asir la mía.

Lo sostengo entre mis brazos muy cerca de mi boca; está tan frío. Esta carne abandonada por el espíritu, que huele todavía a talcos y cremas, se ha quedado sola y me ha dejado con los sollozos desgarrándome la garganta y crispándome las manos.

Pedro Francisco me contempla asustado; también le abrazo a él; su hermano nos dejó pero nos divisa desde las nubes; ya no necesita juguetes, tiene muchos allá arriba, todos los que quiera; ya no existen limitaciones para él. Se levanta completamente erguido, corre y también puede volar.

Jerónimo, te siento todavía en la habitación. Un cadáver de sonrisa eterna yace ahora en tu cuna con los ojos cerrados y las piernas muy juntas, pero tu espíritu ha rozado mi cara; he sentido tu calor junto a mi pecho, unos besos subiendo por mi cuerpo. Estás conmigo, sigues aquí, en las flores blancas que cuelgan de la maceta, en los versos repetidos al oído, en los ojos muy abiertos de Pedro Francisco, en cada ser alado que revolotea en el jardín.

## XXI

En un ataúd blanco con forros grises, igual a tantos otros que he visto por las calles, dejo que encierren el cuerpo del que has querido despojarte; introduzco tus sonajas preferidas, el collar de cuentas rojas, una cruz que hace días te regalaron, una almohada musical. Ya no estás con nosotros. Hipnóticamente recibo los abrazos y las palabras que resbalan sin que puedan penetrarme; las lágrimas se deslizan de mis ojos, tengo la nariz enrojecida y alguien ha cambiado mis ropas por un buzo blanco y una falda negra. Quiero que tengas flores blancas y luces, muchas luces para que sepas dónde estoy, para que no sientas frío y sientas compañía.

Jerónimo, no quiero pensarte rígido sino suave, blando, dúctil a mis manos, increíblemente hermoso, vestido de azul, con los ojos brillantes, las cejas formando un arco perfecto, como un dibujo delicado, las manos extendidas y con una sonrisa amplia alegrándote la cara. Así te sé por siempre, penetrando con tu mirada los rayos y las rocas, alentándome, brindando tu ternura de siempre.

Oteas entre los árboles, con ganas de unirte a otros angelitos que yacen en sus cunas, a familias que no sospechan la dicha de tener niños de ojos oblicuos y rasgados, de deditos meñiques con una sola línea; otros Jerónimos que dejan de sonreír porque tampoco les sonrén.

Cuando siento deseos de llorar, dejo a las lágrimas correr libremente, pero son cada vez más distantes los momentos en que lo hago y muchos más los días en que río pensando en tus manos y en tus ojos, Jerónimo.

Veo el sol y las briznas de hierba; el rocío que gotea de los sauces y los saucos del río reproducen el sonido de tu risa; los gatitos que se lavan cada pedazo del cuerpo con una lengua rosada tienen tu suavidad, tu color.

Eres un recuerdo delicioso lleno de pedacitos de luz, de cristales que se deshacen en la garganta refrescándola, de pétalos de buganvillas de colores vivaces, de matices alegres.

Nos has dejado bien gravados en la mente los valores importantes y la medida de la insignificancia de las cosas que deben dejar de preocuparnos.

He sentido el estrecharse del cariño de esta familia de tres, la sugerencia delicada de ese otro ser palpitante en mi vientre, no como una compensación, nadie podrá jamás ocupar tu lugar, sino como a un hijo que vendrá a enriquecernos.

Jerónimo, estás en el polen de las flores fecundadas, en esa motita celeste que se desprende de los osos de felpa, en el deshacerse de los rayos del Sol sobre una cabeza que descansa; te veo así.

Sé que muchas posibilidades te fueron denegadas, que los genes que constituyeron tu ser te hicieron diferente, especial; que la naturaleza o un designio desconocido te enviaron para que me enseñes tantas cosas, a apreciar cada minuto y cada instante, a agradecer por lo que se nos ofrece diariamente.

## XXII

Siento un ruido leve en el patio, salgo despacito para espiar desde el corredor iluminado por el Sol, y veo otra vez al pajarito del plumaje gris que me visita desde que te fuiste, Jerónimo. No recuerdo si fue al segundo o tercer día, cuando contemplaba la cuna vacía, los pañales que se quedaron sin usar, las camisetas y las medias que cubrían tus pies, mientras aspiraba tu olor que todavía se conserva en las ropas. Lo sentí llegar metiéndose por entre los vidrios del techo, como cuidando de que nadie interrumpiera su travesura, para moverse en pequeños saltitos picoteando en el piso, o dando ligeros vuelos hacia las flores de las macetas.

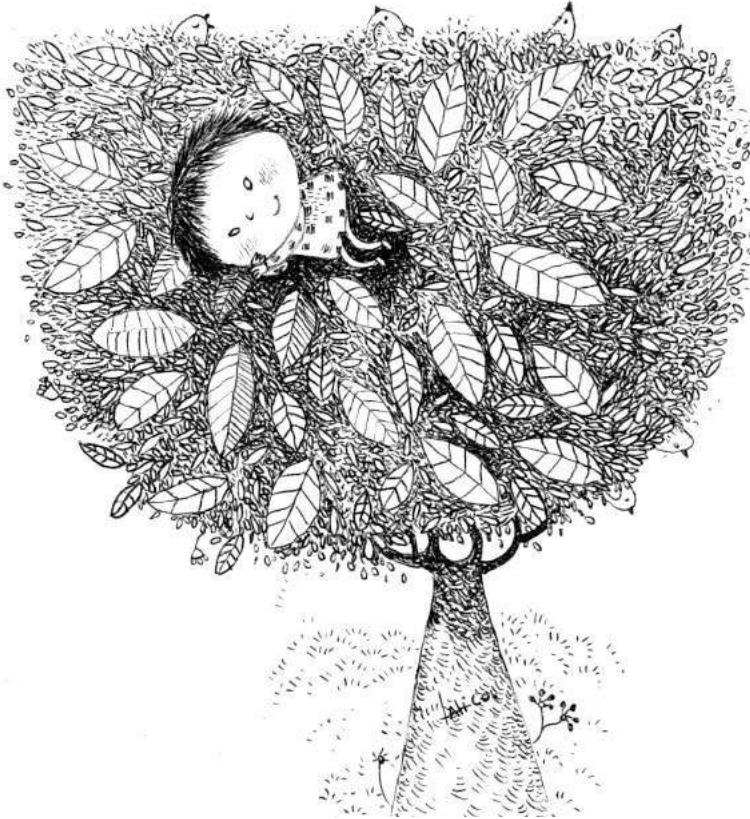
Lo llamé Jerónimo, como a ti, desde ese primer día, y en los siguientes en los que con mayor habilidad aún se deslizaba para caer con un rápido vuelo husmeando entre las miguitas de pan regadas en el suelo, buscando en los escondrijos unos restos invisibles.

Los primeros días se asustaba cuando alcanzaba a distinguirme mirándolo; después se acostumbró incluso a los gritos y saltos de Pedro Francisco, ese gorrión que se parece tanto a mi hijo.

Son tantos meses en los que tu sonrisa está solo en mi imaginación; tampoco siento ya el roce de las patitas encarnadas recorriendo sus posesiones del patio; me parece tan largo el tiempo en que no estás conmigo para contemplar

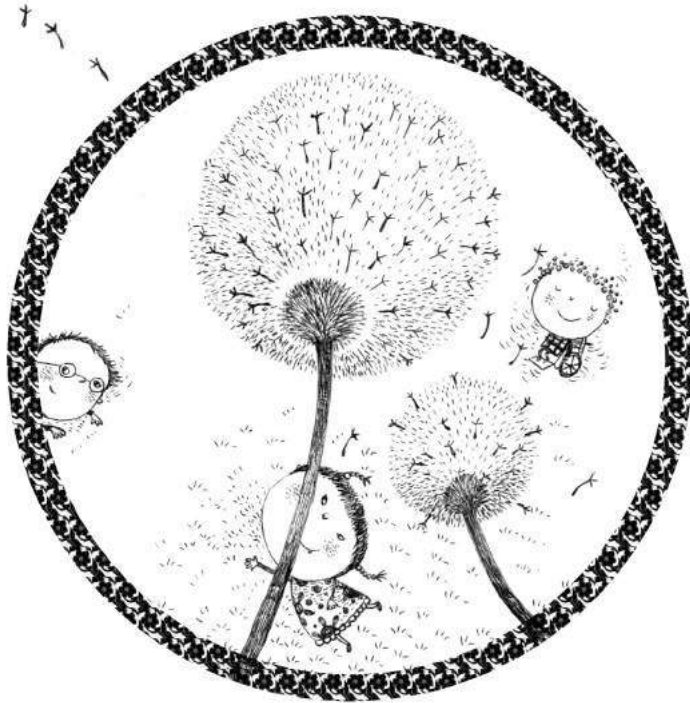
juntos las nubes o para dejar que te limpie las manos y la cara; ya no brillan tus ojos en mi casa ni siento tu aliento en mi mejilla. Te extraño, Jerónimo; te necesito más de lo que nunca imaginé. Te sé feliz en un ámbito sin limitaciones ni barreras, en ese cielo azul que recorres con los vientos, en los hilos delgados que forman los penachos de los volcanes, en cada lucecita iridiscente que se desprende de las piedras.

Las cimas más altas de los cerros son ahora para ti como el primer peldaño de una escalera; las copas de los árboles gigantes te sirven para descansar apenas por instantes; te acompañará para siempre el aleteo de los pájaros entre los que debes distinguir a uno muy pequeño, gris, que animaba algunas de mis tardes y mañanas, a ese ser tan delicado y confiado, que también se llama Jerónimo.





# Los otros Jerónimos



## Los infinitos planetas de la diferencia

Rosa Montero

Rosalía Artega es una mujer muy especial. Por su biografía, apretada y compleja; por su energía, por su capacidad de trabajo, por su elocuencia. Ha vivido cien existencias, y una de ellas, sin duda una de las más importantes, está basada en su relación con Jerónimo y, a través de él, con los otros mundos. Jerónimo era uno de sus hijos. Un niño con síndrome de Down. Murió pronto, como muchos de esos niños mueren.

Rosalía escribió un libro titulado *Jerónimo*, una obra testimonial en la que intentaba poner palabras a todo lo que había sucedido: el fallecimiento de su hijo, pero también la propia existencia del muchacho, esa realidad distinta que, vista desde fuera, consideramos simplemente anormal y deficitaria. Sin embargo, ella sabía que, a través de su niño, había rozado otra dimensión. Otro planeta. Otra forma de vida. Como decía Paul Elouard, hay otros mundos, pero están en éste. Siempre he pensado que aquellos seres que consideramos “subnormales” o “anómalos” son en realidad gente distinta que tal vez carezca de atributos que nosotros, los “normales”, poseemos, pero que sin duda también poseen virtudes que nosotros no podemos ni siquiera imaginar. Una sustancialidad especial, una transparencia. No creo en

la existencia de los ángeles celestiales, pero si hay en la Tierra seres que puedan acercarse de algún modo a la condición angélica son sin duda estas criaturas. Los inocentes.

Aquel primer libro de Arteaga fue un gran éxito: muchas otras personas que estaban en sus mismas circunstancias se sintieron aliviadas, identificadas y sosegadas por la prosa emocionada y sincera de Rosalía. Ahora ha decidido publicar esta secuela, *Los otros Jerónimos*, sobre el abigarrado paisaje que su hijo Jerónimo le abrió. Haber sido madre de un niño Down ha hecho que Rosalía conozca mucho más mundos, muchos otros mundos, los ricos e infinitos planetas de la diferencia. En este libro habla de todo eso: de los otros niños Down, pero también de los que padecen distrofia muscular. De los padres de esos niños distintos. De la vida dolorosa pero también de la deliciosa. Es decir, de la vida sin más. La pura vida.

## I

## Los otros Jerónimos

Deslizándose temerosas por las mejillas pálidas y demarcadas, las lágrimas fueron constantes en todos esos días que siguieron a la muerte de Jerónimo. La constatación de que la cuna no estaba más en el dormitorio, el mirar cómo los días continuaban su transcurso indetenible y el hecho de saber que, pese a todo, la vida tenía que seguir adelante, fueron las motivaciones predominantes en esas dolorosas semanas y hasta meses, para que, amparándome en una realidad que se imponía, no me dejara dominar por la desesperación.

Estaba nuevamente encinta; esperaba a la hija tan deseada. Manuela debía llegar en diciembre casi como un regalo de Navidad. Pero mi vientre apenas si se dibujaba cuando me veía desnuda en el espejo, de perfil, tratando de encontrar aquella redondez delatadora de una vida nueva en mi interior, que debía ya anunciarse con el crecimiento de esa matriz nuevamente tensa, como en las ocasiones anteriores, o en el pico mayor de los senos redondeados que también debían crecer, adquirir mayor volumen.

Parecía que el vendaval de la muerte de Jerónimo me había dejado como un mechero consumido: como ese pedacito de pabilo encenizado que se deshace apenas los dedos le rozan, quedando a su vez impregnados con el tizne que se desprende, adherido a las yemas y a las uñas que se atreven a desmenuzarlo.

Los ojos, no obstante parecer cuencas estériles, derraman hileras de gotas incontenibles, y el escozor hace que tenga que restregarme los párpados y que la sal despreñida de las lágrimas provoque nuevos brotes en un contagio que no acaba.

La nariz y el labio superior ligeramente hinchados, podrían confundir a alguien totalmente desprevenido, con los indicios de una reciente entrega amorosa, pero en este caso lo único que hacen es delatar las noches sin sueño, la expresión de un dolor que no sabe como detenerse.

A más de las muchas cosas que un ser humano, y particularmente una mujer, suele realizar en cada casa en donde hay un hijo que no hace mucho tiempo aprendió a caminar y que todavía no ha dejado de usar los pañales que se dibujan como un bulto considerable debajo del pantalón o de los shorts, estaban dos tareas que me habían impuesto para los siguientes días: una que empezaba a enseñarse en mí, traducándose en la necesidad cada vez más desbordante e imperiosa de desfogar ese cúmulo de sentimientos y de angustias a través de un libro que, como otro hijo, se llamaría también *Jerónimo*, catarsis extraordinaria que cumplió su cometido a cabalidad, y algo más maravilloso todavía: el deber de entregar un testimonio fiel y sin intermediación alguna a miles de padres y de hijos, de familias, de abuelos, para que sintieran que aun en la desesperación hay un asidero de paz.

Y la otra, también autoimpuesta, aunque para esas fechas mi decisión estuviera absolutamente tambaleante, que fue la de rendir los exámenes para la obtención del grado de doctora en leyes, con una fecha y un tribunal ya prefijados.

Estudí, di los exámenes, pasé todos los interrogatorios y obtuve el título. ¡Y pensar que algo preparado con tanto tiempo e ilusión no me daba la menor satisfacción! Sólo

ganas de seguir llorando, sólo angustias descerrajadas en la garganta, sólo ansias rotas en la voz, sólo temores y sombras en los rincones.

Escribir *Jerónimo*, transparentar al papel aquellos días, esos gritos, encontrar las palabras para describir la transparencia de mi hijo, me hicieron madurar de golpe, y verme como un tronco despezado por el hacha o el machete, como un copo algodonoso de nieve pisoteado que se mixtura con la tierra, y produce ese barro pegajoso que se apelmaza y adhiere, y acaba por endurecerse.

Así, en un proceso a veces lento y otras más rápido, de marchas forzadas, hice el camino. Transcurrió el tiempo y empecé a atisbar la luz, y a sonreír y acariciar el vientre redondeado con surcos de los anteriores embarazos y unas venitas azules y verdes en las nacientes de esa panza que crecía.

Ya no necesitaba contemplarme en el espejo para saber que el perfil había cambiado. Tenía dificultades para agacharme. Un apetito voraz se hacía presente desde el amanecer hasta la noche. Despertaba con frecuencia debido a ciertas dificultades para respirar o con los dedos de los pies acalambrados que me daban fuertes tirones y me obligaban a salir de la cama, a caminar acompasadamente sobre la alfombra desgastada del dormitorio, que había soportado ya antes pisadas, tantos ires y venires durante la enfermedad de Jerónimo.

Ese deambular nocturno, esos paseos que estaba obligada a dar necesariamente por sobre la alfombra marrón, esquivando con cuidado los juguetes, los pequeños carros o piezas de mecano que se habían quedado desperdigados del día anterior de los juegos de Pedro Francisco, servían para despejarme la mente y ayudarme a ser más positiva.

El vientre abultado era una fuente de alegría y de esperanzas. Ansiaba locamente tener una hija mujer, no sé por

qué; tal vez como una instintiva búsqueda de continuidad vital por haber captado en mi propia familia una especie de transmisión de fortalezas que sólo se da a través del género femenino, o también por haber percibido tantas veces el brillo en los ojos de mi padre cuando hablaba de sus mujeres, de sus hijas, aunque eso significaba despertar un poco de celos en el único hermano varón que tenía que soportar a todo ese mujerío.

La verdad es que pese a todos los adelantos de las técnicas modernas, jamás había permitido que me hicieran una ecografía para detectar el sexo de ese hijo que crecía en el vientre, y porque tampoco Pepe, el ginecólogo, el antiguo colega bigotón de mi padre, había puesto mucho empeño en convencerme. Quería esperar hasta el final, guardar la expectativa, preparar ropas azules pero secretamente tener unas pocas cositas rosadas por si acaso; sentir por anticipado el gozo, paladear los instantes, aquellos en los que luego del esfuerzo supremo de los espasmos y los empujones que el útero en su trabajo me obligaría a dar, incontenibles, surgiría la cabecita y luego, como un pez jabonoso y resbaladizo, saldría el resto del cuerpo, y yo, con los ojos cerrados, todavía sometidos a una gran tensión, llenos de luces y de restos de lágrimas y sudores, esperaría el anuncio, esa voz que me dijera: ya está, nació bien, es un niño, ¿quieres mirarlo?... y, desde luego, también sujetarlo, despacito, sin sofocones, con unas manos ya aflojadas de tensiones, un tanto temblorosa por el esfuerzo reciente.

Esperaba que esta vez el anuncio fuera de una niña, de una hija, pero también guardaba temores que no me atrevía a explicarlos, a compartirlos, a pesar de que podía adivinar un reflejo de esas mismas angustias y aprehensiones en toda la familia: el pensar que tal vez la dolorosa experiencia de Jerónimo pudiera repetirse y que otra vez

tuviéramos que pasar por ese círculo de tristeza, de esperanzas y desesperanzas.

Los paseos se extendían no sólo por el dormitorio, sino también por el corredor que circundaba el patio interior de la casa; y no es que no tuviera miedo a la oscuridad — siempre me han dado temores los espacios vacíos y oscuros —, pero en esas noches la Luna iluminaba los contornos de los muebles y me los dejaba ver nítidos, platinados, calmos, y sentir el respirar de las numerosas plantas en sus maceteros que personalmente me encargaba de cuidar y regar.

La casa estaba absolutamente silenciosa, mis pies descalzos se deslizaban suavemente por la alfombra y llegaban hasta el lugar donde solíamos pasar tantas horas: mirando televisión, jugando, sorbiendo una taza de chocolate tibio, degustando unas galletas crujientes, leyendo o simplemente soñando. La ventana me traía la luz de la Luna y la de las lámparas de las avenidas y calles que alcanzaba a vislumbrar, desde esa altura en la que me encontraba, el tercer piso de una casa ubicada en lo alto del Barranco, con la capacidad de observar una buena parte de las casas del sector bajo de la ciudad y, desde luego, un montón de árboles, algunos carros raudos por las calles y avenidas, y el río, con su caudal luminoso, refrescante, con ese rumor al que me había acostumbrado y que me hace falta cuando tengo que pasar la noche en otros lugares.

Los temores, los celos que me causaban el próximo parto y el riesgo latente de tener un hijo o hija que no estuviera bien, empezaban a ceder ante la paz de lo que contemplaba. Una calma envolvente me relajaba los músculos tensos y me ayudaba a sentir con ilusión esa barriga prominente, tensando más el corto camisón que dejaba transparentar todo el cúmulo de redondeces en que se había convertido mi cuerpo. Y es que éste se prepara de mil modos y

la mujer advierte cómo se le ensanchan los hombros y las caderas, cómo le crecen los senos, cómo el vientre se curva más y más y cómo el cuerpo en su integridad siente el limarse de todas las aristas, como si lo redondo fuera el signo de la maternidad, hasta llegar el momento cuando también los labios y los párpados se abultan y hasta las aletas de la nariz se ensanchan y creo que también el cerebro se llena de redondeces, como si se acolchonara y preparara para esa carga de dolor y de alegría que significa el momento del parto.

Tengo a la ciudad baja a mis pies, puedo percibir el pulso de las casas que duermen, el ronroneo de los gatos en los tejados, el jardín que ayudo a cuidar con sus geranios y sus amores constantes ¡vaya nombre para unas flores!, ese guabo que ha crecido increíblemente desde que llegué a la casa, la buganvilla que compré entusiasmada y que decidió crecer airosa a pesar de los malos presagios de que esas plantas compradas en la calle no se dan bien y terminan por morir.

El jardín va tan ligado a la memoria de Jerónimo, a sus baños de sol, a la alegría de sus ojos contemplando el cielo, a la brisa jugueteando con la piel de su cuerpo, haciéndole cosquillas en las plantas de los pies y tocando cada uno de los dedos de sus manos extendidas, como queriendo aprisionarlo.

No tengo ganas de dormir. La Luna, los recuerdos, el río, la tirantez de la piel, mantienen mis ojos abiertos, mi cerebro en alerta; por él pasan en vertiginosa secuencia todos estos meses que han transcurrido desde que Jerónimo ya no está más con nosotros; con cúmulo de abrazos recibidos, de cartas, de tarjetas, de palabras derramadas en mis oídos, de miradas que se cruzan con las mías y que me dicen tanto, de apretones de manos solidarias.

He guardado todo en una caja: las tarjetas, los escritos, las sonrisas, los besos junto con las primeras sonajas y esos recuerdos que me atenazan la garganta. De Jerónimo tengo

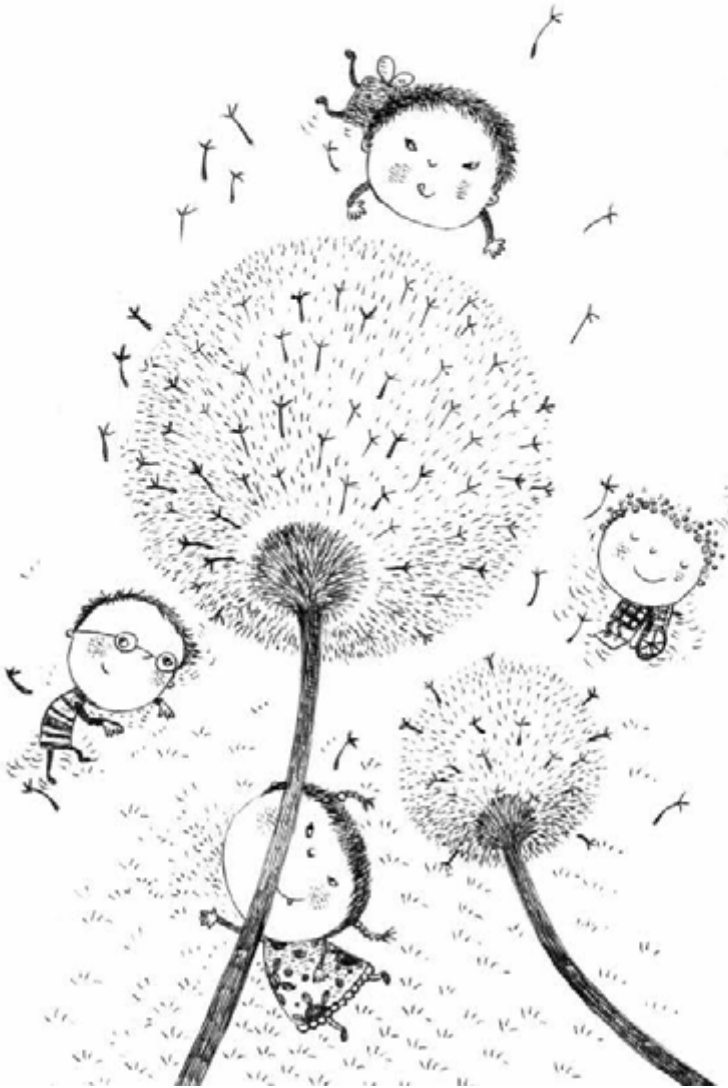
vivos su memoria y el manuscrito; no necesito ver sus cosas para tenerlo presente día a día.

Es curioso, desde que nació Jerónimo he empezado a ser confidente de muchas personas: de padres, de tíos, de abuelos, de hermanos, de gentes que al saber la noticia de que tengo un niño especial en mi casa, se me acercan para decirme que también en la suya hay seres diferentes, no sólo Down; y me entero de tantos casos de parálisis infantiles, de hidrocefalias, de retardos, de dislexias, de síndromes variados cuya existencia no sospechaba siquiera, pero que están ahí, que aparecen de pronto, generalmente luego de un parto, y provocan conmociones y lágrimas, a veces hasta rupturas y generalmente muchas incomprensiones.

Cuando terminé de escribir *Jerónimo*, se lo di a leer a muy contadas personas, quienes me devolvieron esas hojas en las que volqué mis sentimientos, siempre con lágrimas en los ojos... debe ser porque las líneas también las escribí llorando. Tengo el texto guardado entre mis cosas como un pequeño secreto, esperando que tal vez un día esté entre las manos de los padres de otros Jerónimos.

Tantas cosas han pasado por mi vida desde entonces: Nació Manuela, una niña reilona de ojos vivos; nació Daniel con su cabeza llena de churos indomables; crecí; escribí centenares de artículos, de páginas; aprendí a convivir con el recuerdo dulce y tranquilizador. Ya casi había desertado de la idea de publicar *Jerónimo*, me cambié de ciudad... La voz de mi padre fue la encargada de transmitirme la pregunta de si quería que un laboratorio médico publicara *Jerónimo*. Acepté de inmediato; el dolor se había sedimentado y era necesario que otros conocieran y comprendieran ese cúmulo de sentimientos que mi hijo había generado y arrancado de mí. Con la publicación de esa primera edición de *Jerónimo* comenzó todo, como una especie de ola

imparable, que va acrecentándose y agigantándose con cada día que pasa. Ola de confesiones, de revelaciones; la certidumbre de que en el mundo existen tantos Jerónimos, tantos niños especiales, unos amados y mimados, otros incomprendidos, tratados como pequeños animales, como seres a quienes hay que esconder como si fueran una mancha ignominiosa en la familia.



Y vinieron tantas confianzas, tantas lágrimas vertidas o simplemente adivinadas, tantos abrazos aferrados a los míos, tantos “yo también...”, “en mi casa también...”, “en mi familia...” como una especie de liberación, de aflojarse tensiones, como los gases aprisionados en una botella a presión; de dignificación de situaciones que hasta entonces se habían tenido como vergonzosas.

La publicación de *Jerónimo* fue un destape de sentimientos, un desbordarse de secretos contenidos; para algunos, la evidencia de sentirse acompañados en la vivencia, en los dolores, en las esperanzas. ¡Tantos corazones se me abrieron! Inclusive los de gente dura, a quien le resulta difícil llorar porque lo considera una debilidad.

Cada presentación de *Jerónimo*, de la primera y de las sucesivas ediciones, fue como la descarga de dolores acumulados, como la explicación de esperanzas que ahora sí encontraban su razón de ser.

Debo reconocer, no estuve preparada para todas esas emociones en conjunto, para toda esa expectativa que hacía que las manos quisieran tocarme, para la calidez de esos rostros anhelantes de rozar mis mejillas. Fue como si repentinamente Jerónimo se hubiera transformado en un conocido de todos, en una nube vaporosa, casi intangible, inmensa, *in crescendo*, capaz de cobijar cada vez más adeptos; propiciando que quien tuviera en sus manos el pequeño librito, sin importar la modestia inicial de las primeras ediciones, entrara de lleno en una suerte de fraternidad de almas y de corazones.

He recibido tantas cartas, tantos papelitos deslizados en las manos, tantas llamadas, tantos gracias susurrados al oído, que ya tengo con esto suficiente para toda la vida y algo más.

Pero lo que me motiva a seguir escribiendo es la multiplicación de las codificaciones y la constatación de tantos casos, la prueba de tantos amores, que hacen que, con el corazón desbordado, intente recoger y transmitir en el papel, algunos momentos, algunos pedacitos de vida de “otros Jerónimos”, grandes o pequeños, recién nacidos o ya transitados por la vida, todos dueños de una sonrisa permanente, maravillosa, dulce, atrayente; dueños de una alegría contagiosa, con sus cabellos rebeldes, sus ojos más o menos rasgados, con la palma de sus manos un tanto áspera, sin todas esa líneas a las que estamos acostumbrados, a veces con una pequeña punta de lengua apareciendo por entre la comisura de los labios, pugnando siempre por hacer lo que por esas cabecitas se les pasa, sin más trámite ni dilación: jugar entre sus manos con los rayos tibios del Sol, perseguir las motas de polvo y las estrellas que sólo ellos alcanzan a ver, hacer escalas invisibles y tratar de trepar por ellas, paladear con deleite los dulces que les ofrecen, contemplar con los ojos asombrados las bellezas ante las que algunos pueden quedarse indiferentes.

Así son los otros Jerónimos, cuyos rostros, gestos y ademanes enriquecieron mi vida y han dado un nuevo sentido a mis pasos y a mis afanes. Sus familiares y allegados me han hecho atisbar nuevos horizontes y mayores proyecciones a esos deseos de contribuir a un mejor entendimiento en todo cuanto surge en torno a un niño o niña con tales caracteres.

Por todo ello es que quiero compartir estas nuevas experiencias, sin guardar como una avara ese tesoro mágico de sensaciones y sentimientos maravillosos que he logrado acumular a lo largo de estos años.



II

## Los primeros Giancarlo y Cecilia

La noticia de que la mujer del alcalde de Cuenca, es decir yo, había tenido un hijo especial, se extendió como un reguero de pólvora en ciertos círculos sociales de la ciudad. Habían personas que me llamaban al teléfono a preguntar si eso era verdad, en un interrogatorio a veces velado y otras descarado, supongo que con ganas de hurgar un poco en la conciencia, de buscar los rescoldos de dolor o también para consolar.

Dos parejas, amigos de mis papás, a quienes como normalmente suele ocurrir, uno los ve muy mayores sólo por tener la edad de los padres, aunque luego nos damos cuenta de que el razonamiento ha sido erróneo, que las diferencias no han sido tantas y que las distancias, con el devenir del tiempo, se acortan y hasta se eliminan —consideraciones éstas que no había tomado muy en cuenta cuando aún no estaba casada... Bueno: Enrique y Ayda, Rómulo y Clorinda, con sus respectivos hijos, el Giancarlo y la Cecilia, cobraron una importancia inusitada ante mis ojos. Los veía siempre tan limpios y bien atendidos: pequeños jovencitos sonrientes reaccionando ante las menores demostraciones de cariño. Empezaba, en esos esporádicos encuentros, por extenderles la mano, cautelosamente, pensando, en mi ignorancia, que podía generarse algún rechazo; pero siempre la respuesta era una sonrisa amplia, acompañada de

abrazos, de palmadas en la espalda, de miradas líquidas de las que yo no podía desprender los ojos.

Veía al Giancarlo caminando por la suntuosa residencia, prodigándose entre las flores exóticas de los invernaderos de su madre, deslizándose como un gato orondo por entre los costosos adornos, los pisos encerados, escondiéndose a veces para espiarme con sonrisa pícara por detrás de los elegantes cortinajes de la casa enorme, correteando por los inmensos jardines, siempre vigilado por las preocupadas miradas de los padres, que no salían de su asombro por haber procreado un último hijo, luego de tantos años, de esa naturaleza: un down auténtico, con todas las características del síndrome y, claro, la respuesta estaba dada, científicamente, en el orden estadístico de posibilidades, por la edad de la madre.

El Giancarlo se transformó en el niño más mimado y sobreprotegido que uno pueda imaginarse; los padres y hermanos pendientes de su respiración, de la saliva que en hilillos caía desde su boca hasta el babero impecable, del pedazo de galleta que arrojaba descuidadamente en algún mueble principesco. Conforme fue creciendo, las manchas de lodo en las alfombras se hicieron más notorias, a la par que las visitas del Giancarlo a los jardines y a los invernaderos se hacían más frecuentes, para sentir no sólo el tacto maleable de la tierra lodosa de las macetas y los parterres en los que estaban sembradas las bellas flores y plantas que su madre cuidaba tan amorosamente, sino para embriagarse con los olores y los colores derrochados por las delicadas orquídeas que asomaban sus flores, a veces ligeramente escondidas entre las hojas y los musgos; más tarde, incluso se atrevió a balbucear algunos de los nombres de esas flores maravillosas: mosquito, flor de toro y hasta catleas. Pero haciéndoles compañía estaban también los helechos

de hojitas finas y enhiestas, otras como acolchonadas, y, las que hacían su aparición en ciertas épocas del año: las primaveras, los ciclámenes rojos, fucsias y blancos; las violetas aterciopeladas con puntitos de otros colores cuando se llaman africanas, y siempre, en los jardines, los macizos de geranio, las verbenas, los amores constantes, las chabelas, formando, cuando se los contemplaba de lejos, un amasijo multicolor extraordinario que se sumaba a la música que con frecuencia deleitaba sus oídos y lo había transformado en un excelente bailarín incansable.

Al Giancarlo alegre no lo he visto en años, supongo que será ya una adulto, un hombre mayor y bonachón, libre de problemas económicos, ajeno a ese tipo de necesidades que agobian a muchas familias. Estoy segura de que ahora tiene algunos sobrinos con quienes puede jugar a las escondidas entre esos árboles crecidos de su jardín. El Giancarlo tiene suerte: padre y madre amorosos para cuidarle, un espacio amplio lleno de plantas, de flores, de trinos de pájaros, algunos conejos y pollitos que cuidar, la alegría burlona de unos ojos que van cubriéndose de pequeñas arruguitas, igual que las comisuras de los labios; sus platos preferidos siempre al alcance de las manos y de su ansioso paladar, una barriga prominente cruzada por los tirantes que le sujetan los pantalones. Sé que a veces usa terno, en las ocasiones especiales, me dicen que lo han visto en alguna boda, tal vez en la de la hermana, con un smoking hecho a la medida, perfecto, impecable, con corbata de lazo y una sonrisa de gato satisfecho, paseando como pequeño príncipe por entre los invitados, inmensamente popular y satisfecho. Nadie hay más feliz que él a pesar de las lágrimas de los padres y de sus ningunos logros académicos. Es el dueño de su pequeño mundo del que sale cada vez menos, porque le gusta la seguridad de su casa y su jardín.

\*\*\*

Antes del nacimiento de Jerónimo había conocido a Cecilia, como una niña crecida, caminando por las calles adoquinadas de Cuenca de la mano de su mamá o atendiendo a la clientela, pegando los sobres, contando las hojas de papel en la imprenta de sus padres, colocando los espirales en los cuadernos. Y es que Clorinda y Rómulo, sin que todavía se hablara de la posibilidad de incorporar al trabajo a estos seres especiales, de volverles en alguna medida autosuficientes, de hacerlos menos dependientes y proporcionarles “algo” que hacer, guiados, sin duda, por su intuición, por provenir y ser parte de una familia en la que todos estaban acostumbrados a trabajar, a ser como una colmena repleta de abejas industriales, casi sin sentirlo, como algo absolutamente normal, como pasatiempo y una diversión, fueron incorporando, primero a la niña y luego a la joven y adulta a una rutina de trabajo.

Por no dejar sola a la pequeña en la casa, Clorinda, ante la sorpresa de los clientes que no dejaban de observar con no disimulado recelo a la Ceci, empezó a llevarla con mucha frecuencia a la librería y papelería de la que con su marido eran dueños.

Un día sí y otro no, la presencia de Cecilia se volvió habitual, ya no causaba admiración verla correteando entre vitrinas y los estantes, husmeando y metiendo sus narices entre los cajones y las resmas de papel, aprendiendo a reconocer con su áspero tacto las cualidades y las calidades del bond de diferentes gramaje, de las cartulinas y los papeles encerados; el papel araña con sus rugosidades ejercía una atracción casi sensual para los dedos que acariciaban esa textura diferente, con aquellas protuberancias apenas perceptibles pero también con aquella

sedosidad que provocaba pasarle y repasarle, acariciarle reiteradamente a fin de sentir ese roce suave y deslizante.

Sabía moverse con cuidado, sin tropezar, y corría atraída por los colores del papel cometa, brillantes, lúdicos, desgranándose como en una borrachera óptica que colmaba todos los sentidos, y de los que se desprendían luces, igual que de los papeles más brillantes y caros guardados en lugares especiales. Sus manos recorrían, anhelantes de nuevas sensaciones, sobre los diferentes dobleces de los papeles crepé, menos lisos al tacto, igualmente bellos y multifacéticos, dispuestos siempre a caer en las manos de los escolares para hacer millones de trabajos, ávidos de enroscarse en guirnaldas para adornar los templos y los salones enfiestados, o para cubrir los laterales de las mesas a las que no bastaban los tradicionales manteles y que en capas sucesivas como singulares faldones eran casi infaltables en las aulas, en las fiestas pueblerinas y en otras incontables ocasiones. El crepé servía hasta como mantel de Virgen y barba de San José en guedejas ensortijadas, durante las tan comunes manifestaciones religiosas de esos pueblos controversiales y contrastantes como son el azuayo y el cuencano.

La Chichi solía detenerse a contemplar también todas las variantes del papel despacho, del papel empaque, que se arracimaba en los lugares más oscuros de la tienda, a veces cubierto por una pequeña pátina de polvo que la divertía, porque así podía trazar sus pequeños dibujos con absoluta tranquilidad.

Se pasaba horas de horas con su mandil de operaria, aunque ella bien sabía o intuía, desde chiquita, que era hija de los jefes, y que podía hacer muchas más cosas que los otros, varias no permitidas a los demás, como acostarse atrás, muy atrás de la vista del público, en ese corredor que comunicaba el almacén con las bodegas, y sentir cómo las

baldosas calentadas por el Sol, ese sol que se había filtrado toda la mañana o la tarde por encima del techo de vidrio, se traspasaba a su cuerpo, golosamente tendido, como gato panza arriba, en las baldosas, tan generalmente frías, pero que habían absorbido esa carga de sol, y ahora estaban tibias y hasta más que tibias, verdaderamente calientitas y amorosas, satisfechas de sentir ese cuerpo suave y pequeño por un rato largo, tan largo que a veces se quedaba dormida, beatíficamente, soñando con pájaros y mariposas y cuadernos en los que de seguro no aprendería a escribir, pero le servían para trazar garabatos y dibujos y poner sus colores como tiznes de alas y jirones de nubes.

Así, a la Chichi le pasaba, hasta que, de pronto, casi a la hora de irse, la Clorinda o el Rómulo —los amorosos padres— o algún comedido empleado del almacén la descubrían. El Rómulo gordo y grandote, fuerte en esa época de juventud trabajada, cargaba a la Chichi en los brazos y se la llevaba a cuestas hacia el carro parqueado en la vereda, a veces con unos lagrimones incontenibles regándose en el rostro y a veces resbalándose por entre los pliegues del vestido floreado de la Chichi que aparecía por debajo del mandil arrugado.

La cara de Clorinda estaba siempre alegre. La madre había comprendido y aceptado la llegada de la hija diferente y la había asumido al interior de la larga familia que había empezado a construir. Y el hacerlo no era cuestión de dinero, la plata nunca faltaba en esa casa, en las empresas crecientes y pujantes, pero sobre todo, el entorno familiar había tomado para sí las diferencias y las había mimetizado en el ir y venir de todos los días de esa familia industrial.

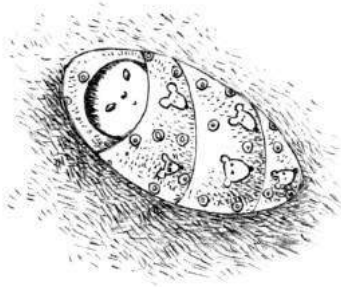
Todos los días o casi todos, la Chichi se sumergía en la fragancia de los diferentes papeles y cartones. Aprendió a diferenciar las calidades de kimberly, a mirar aburrida las

resmas de papel periódico, a maravillarse con la transparencia del celofán y desde luego a sentir estremecida los olores de las tintas de los impresos que llegaban de la fábrica. Con las manos en jarras, firmes en la cintura cada vez más gruesa, afianzada en sus robustas pantorrillas sobre pies calzados con zapatos bajos y negros de trabajo, la Cecy se siente como dueña del imperio. ¿Quién más que ella para saber exactamente en qué cajones están las tachuelas de colores y las cintas variadas y los pegamentos y los cuadernos mágicos con sus páginas cuadriculadas o de líneas de diferente grosores o de aquellos mejores que tienen todas sus páginas en blanco invitándole a su pasatiempo secreto, a los dibujos coloridos?

Y ahí está también el espacio de los libros, que llegan en pesadas cajas, con aromas misteriosos, llenos de esos signos extraños ante los que los papás, los abuelos, los tíos, los primos, los hermanos, se abstraen pero que ella no logra aprisionar con los ojos chiquitos y oblicuos, ni hacer que entren en la cabeza caliente con un esfuerzo que la verdad no le interesa para nada, sólo como la simple curiosidad del gato frente al ratón huidizo.

La Chichi aprendió a cantar, sus padres incrementan cada vez más su colección de discos con la que se deleita todos los días cuando sueña con ser una gran cantante y presentarse en la televisión.

Sigue siendo la más chiquita de la familia, la que tiene el cabello reacio a amoldarse aun bajo el influjo de la secadora y de los rizadores que su hermana Pachi le ha enseñado a usar. Sigue siendo la más feliz y amorosamente cuidada y probablemente un día, antes o después de los padres, se vaya así, sin estridencias y sin cambios, y transite desde la librería al cielo, sin más ni más.



## III

## Los Bucafusca

Es a mañana, el teléfono comenzó a sonar insistentemente, no había nadie más en la casa que pudiera contestarlo; estaba sola con Jerónimo, contemplando los delicados movimientos de sus manos, acostada junto a él sobre la colcha tejida de la cama, que nos ha dejado a los dos una ligera marca en las mejillas. Tenemos cara de dormidos en una tarde perezosa y tibia, por lo que el teléfono se ha transformado en un intruso que viene a perturbarnos.

No conozco la voz que pregunta por mí al otro lado, suena con un marcado acento argentino, es una señora que quiere verme, hablar conmigo, me pide perdón por anticipado, pero se ha enterado que tenemos a Jerónimo y hay una consulta que quiere hacerme. Yo no puedo negarme, quien menciona a mi hijo ha dado con la clave de una puerta para entrar en mi corazón. Ella pide disculpas otra vez, pero dice que quiere venir con el marido y pregunta si puede visitarme en mi oficina; yo le digo que sí, pero debe ser en la casa, yo no tengo oficina, ni secretaria, mi casa es el centro de operaciones de mis actividades y la sala es la destinada a recibir a todos.

Quedamos para el lunes siguiente. Llegaron los dos, una pareja mayor, ella tenía el cabello de un amarillo casi zanahoria y una tremenda locuacidad, él permanecía callado, observando, sin participar mucho de la conversación;

solamente al comienzo me dijo que conocía a mi marido, tenía una fábrica de lámparas y había vendido unas cuantas al Municipio para las avenidas principales, enfatizó.

Los Bucafusca llevaban unos pocos años en el Ecuador, tal vez un par, tenían dos hijos ya grandes, casados, en Argentina, no recuerdo si eran abuelos o no, pero en todo caso estaban locos por los niños y querían tener uno, “propio”, dijeron, y por eso habían visitado el orfanatorio de las monjas para buscar al más pequeñito que tuvieron, ojalá recién nacido, para adoptarlo, para empezar los complicados trámites y tenerlo consigo para siempre.

Efectivamente conocieron varios niños, pero una chiquitita de semanas de nacida, cautivó su corazón, ya no pudieron apartar los ojos, ni los brazos, ni las manos y caricias de la pequeña. Sintieron que más que elegirla, ella los había elegidos a ellos. La niña era encantadora, me dijeron, era una niña como mi Jerónimo: el síndrome de Down era evidente en sus ojitos oblicuos, la calidad de los cabellos, el arco de la cabeza, y qué más, me preguntaban, con una curiosidad amorosa, tratando de encontrar los parecidos entre la pequeña y mi Jerónimo.

Claro está que habrían podido escoger otra niña o el niño inicial que buscaban, pero se sentían atrapados por esas redes de ternura contra las que no querían luchar. La gente del orfanato les había aconsejado tomar otro niño, había bebés recién nacidos con los que habrían tenido menos trabajo y dificultades. Les pintaron un panorama terrible, pero su decisión estaba tomada y no habían quien les hiciera cambiar; por eso se habían empeñado en hablar conmigo para que les dijera cómo era Jerónimo y cómo debían cuidarla.

Mientras los trámites legales de adopción se realizaban, conocía más de sus inquietudes, la amistad se cimentaba,

aunque mi tiempo era absorbido más y más por mi Jerónimo enfermo. En el velorio todavía recuerdo esa cabellera amarilla y los apretones de consuelo.

No supe mucho más de ellos en los meses siguientes hasta que la noticia vino como una fuerte bofetada en el rostro: un parte mortuario doble, la pareja estaba muerta. Indagué sobre las causas, un accidente terrible, un incendio en el auto en plena carretera, los dos carbonizados, sin completar el trámite al que los hijos se habían opuesto. Tampoco la pequeña niña sobrevivió mucho tiempo; se apagó lentamente, como mi Jerónimo, en el orfanato, y otro ataúd de niño cruzó la ciudad.



## IV

# Mundo nuevo

Cuando hurgo en mi memoria, buscando los recuerdos de esa primera época de mi matrimonio, me siento inmersa en un dédalo de actividades y responsabilidades: veinte y dos años recién cumplidos, con el trabajo de guiar una casa grande, enorme, involucrada en múltiples actividades sociales en las cuales debía fungir como anfitriona o en tareas de mecenazgo cultural y social en las que yo mismo había decidido incursionar en mi condición de esposa del Alcalde de Cuenca, estudiante en las aulas de Derecho, Profesora de Historia y Literatura en el colegio de las monjas Catalinas.

Por supuesto, no había abandonado a mi propia familia; encontraba tiempo para conversar con mi madre y con mi padre por teléfono; y cuando nació mi primer hijo, Pedro Francisco, corría todas las mañanas para dejarle con ellos, mientras acudía a cumplir con mis diferentes obligaciones.

Una mañana, cuando ya esperaba a Jerónimo y tenía una barriga bastante pronunciada, atendiendo la invitación de una mujer dedicada por entero a sus tareas de apoyo a la educación especial, fuimos con Pedro a una visita a la escuela “Mundo Nuevo”. Para mí, inicialmente significó una de las tantas cosas que hacía en medio de una apretada agenda, y decidí concurrir más por darle gusto a mi marido que por otra cosa. Me puse un vestido café, que todavía se veía bien —en realidad era uno de los más elegantes que

tenía como ropa de maternidad avanzada—, se lo había comprado a la mamá de una amiga Diana, cuando estaba embarazada de Pedro Francisco, y claro, ésta era la oportunidad adecuada para reciclarlo, en una visita en la que sabían iban a estar algunas de las más importantes damas de la sociedad cuencana, que tenían incluida entre sus actividades de misericordia, la ayuda a este centro de educación especial.

Bueno, con el vestido café de tiritas a los lados —para agrandarlo conforme la barriga se hacía más prominente—, pechera y mangas con florecitas pequeñas, como las mangas eran cortas, me ponía por dentro un buzo de cuello alto color caña, de los de batalla, aquellos que combinaban bien con todo, una cadena con algún dije pendiente, los zapatos cafés y ya, con la cartera en la mano y los libros en un brazo, para luego ir a dictar clases, estaba lista para salir. El carro del municipio, con el infaltable Galo al volante, nos lanzaba con una saeta por la ciudad. La verdad es que con Galo nunca llegábamos tarde a ningún lado: su especialidad era llegar a tiempo, deslizándose hábilmente, tomando los atajos y hasta burlando uno que otro semáforo amarillo.

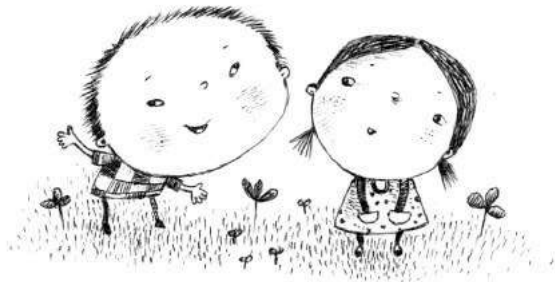
“Mundo Nuevo” quedaba en una casa como cualquiera otra de las tantas de la ciudad, estilo villa, con un pequeño jardín al frente; había bullicio, los padres y los profesores nos esperaban a la entrada, con la Vicky capitaneándolo todo —la escuela y la fundación—, con el espíritu indomable del que estaba imbuida y que la hacía cada vez más emprendedora y admirable.

“Mundo Nuevo” abrió sus puertas y allí estaban todos, a medias formados, con caras sonrientes y limpias. Los primeros niños down, los primeros niños especiales con los que me topaba conscientemente, eran una masa que empezó a bailarme ante los ojos, en ese recorrido por las salas, los corredores, las instalaciones de la casa que

tanto bien le hizo a innumerables familias de la ciudad y hasta de la provincia.

Tuve que agarrarme de Pedro cuando vi a un pequeño primito que según me dijeron después, iba allí solamente por una terapia de lenguaje. Vi a niños hiperquinéticos y con otras lesiones cerebrales que en ese entonces no aprendía todavía a diferenciar. Pero los que sin duda me impactaron y atrajeron más mis miradas y mi corazón fueron los niñitos down, hombres y mujeres, siempre sonreídos y amistosos. Alguno vino a asirme de la mano y hasta a restregarse amablemente las narices en mi falda, ocasionando un susto a la mamá que lo quiso retirar de inmediato, sin conseguirlo; ya había un vínculo entre ese niño y yo, sin saberlo, con el que llevaba en el vientre.

Vino el acto, las palabras de bienvenida, la respuesta de mi marido, y yo no podía apartar mis ojos de los chiquitos achinados que me hacían señas al sentirse contemplados. Unas lágrimas incontenibles empezaron a aflorar en mi ojos y a deslizarse furtivamente por mis mejillas, ante la mirada incomprensiva y asombrada de muchos. Tampoco yo pude explicarme esa reacción, sin embargo, cuando nació Jerónimo y cuando nos dejó, y todavía ahora, después de tantos años, no puedo dejar de recordar esas lágrimas premonitorias que ya trazaron un surco por el que habrían de transitar cientos, miles de ellas.



## V

## Sinamune

Conocí al maestro Édgar Palacios casi inmediatamente de ser designada Subsecretaria de Cultura en el gobierno de Sixto Durán Ballén, ese personaje de la música nacional, el trompetista inspirado, el hombre creador de tantas iniciativas, que no me aceptó la oferta de hacerlo director del Conservatorio Nacional, porque ya estaba sumergido en múltiples proyectos y soñando con otros de los que sería largo hablar en estas páginas.

Edgar Palacios solía hacer, no sé si lo hace todavía, espectaculares veladas en su casa, una casa grande. Me invitaba con su marcado acento lojano, que no ha perdido por más que hace tanto tiempo dejó su ciudad, a veladas con artistas líricos, impresionantes, los mejores del Ecuador: Galo Cárdenas con su prominente figura de barítono, cantando las canciones clásicas y las populares, para terminar siempre con esa que le pido y que me encanta: la historia de la naranja. Y también los tenores Pancho Piedra y Hernán Tamayo, o Cecilia Tapia y María Nyles, y los maestros Gerardo Guevara, Claudio y Patricio Aizaga y no puedo nombrar a todos porque los nombres se me escapan, pero eran noches que no puedo borrar de la memoria, ¿memorables, se dicen? Sí, con arpegios de los pianistas, con voces melodiosas; capturando en instantes mágicos un mundo de indescriptibles matices y riqueza.

Pero las iniciativas de Édgar Palacios no se quedaban allí y pronto su mente creadora empezó a trabajar en la conformación de una orquesta de niños y jóvenes especiales. No sé cómo se las arregla para enseñar con tanta facilidad a niños con deficiencias visuales, a niños con síndrome de Down e hiperquinéticos, no solamente a tocar un instrumento musical, sino, sobre todo, a acoplarse, a confluír, a sincronizar y a conjugarse maravillosamente de manera que conformaran una orquesta con todo lo que esto significa, una orquesta que arranca emociones, que satura la mente y el corazón de sentimientos nobles, de ternura, de solidaridad, pero también de admiración profunda por quien, a fuerza de dedicación lo ha logrado.

Casi no podía creerlo cuando los escuché por primera vez, cuando los niños aparecieron en el escenario del teatro de la Casa de la Cultura, vestidos con sus trajecitos formales, tan solemnes y a la vez tan risueños, empeñosos por estar a la altura de las circunstancias —sin saber que son las circunstancias las que deben estar a su altura—, cada uno ocupando un puesto, listos, con los arcos tensos, con las manos prontas, con los palillos de los tambores en alto, con los platillos a punto de entrechocarse para contagiar de alegría a los otros instrumentos. Desde luego que hay bulla, esa que siempre precede a los conciertos, cuando hay decenas de músicos en el escenario, cuyos pasos se sienten, y el acomodarse de las sillas y por supuestos de los instrumentos que se afinan, y hay que estar pendientes de los mínimos detalles; pero es, si cabe el término, una bulla ordenada, un barullo que aspira a convertirse en melodía, como en efecto ocurre, cuando uno de aquellos jovencitos hiperquinéticos, a quien hemos visto moverse sin parar hace unos instantes, asume el mando, se coloca al frente de la orquesta y funge de director. Ahí está imbuido de su papel, ha puesto orden

y ritmo a sus propios movimientos, y maneja acompasadamente la batuta y empieza a desenvolverse el concierto: primero es la música suave, popular y luego las composiciones más trabajadas, las clásicas; a veces tenemos que cerrar los ojos para interiorizarnos más en lo que escuchamos, pero también para evitar exteriorizar las lágrimas. He visto a varios Jerónimos entre los ejecutantes, podría decir que son la mayoría, unos serios, otros, sin dejar de sonreír, están poseídos por el espíritu de la música que les es tan afín, que les es tan querida.

Los aplausos suenan estruendosos, apoteósicos, esto se ha transformado en una ovación tanto por los niños que conforman la orquesta y cuya calidad y virtuosismo han quedado demostrados, hasta para un público exigente, como para el Maestro Palacios, quien puso su corazón y su talento por entero en la tarea; y cuya sonrisa de satisfacción y de emoción captamos aun a la distancia.

SINAMUNE perdura, unos niños rotan y cambian, otros permanecen; depende de la constancia y el estímulo de los padres, y no es extraño ver a estos niños amenizando veladas, haciendo interpretaciones bellísimas al inicio de actos solemnes, de premiaciones, de eventos importantes. Creo que no hay espíritus que no se sensibilicen después de escucharles, y no hay amigo de la música que no decida aplaudirlos con todo su entusiasmo.



## VI

## Jacinta y Francisco

Cada vez que salía de Quito, para cumplir misiones oficiales, de trabajo —y eso lo hacía con mucha más frecuencia, tanto en el ministerio como después, para recorrer todos los rincones de la geografía nacional— tenía una agenda complicada, hasta saturada, diría, que agotaba a mis colaboradores, pero que a mí me dejaban contenta, como renovada, gracias a la satisfacción que se siente por el deber cumplido.

No puedo ni recordar cuántos de esos desplazamientos fueron a Guayaquil, creo que más de uno por semana, porque siempre había cosas que hacer: visitas a escuelas y colegios, a jardines de infantes, a proyectos variadísimos, a bibliotecas y espacios deportivos, empapándome de la deficiente estructura educativa del país, admirando la constancia de algunos y algunas en sus respectivos trabajos.

Muchas veces, entre los puntos constantes en la agenda diaria, cuando notaba que quedaba un tiempito, intercalaba otras actividades, en ocasiones sin que lo supieran mis colaboradores y acompañantes, que me reclamaban por ello; otras veces con su complicidad. Así alargábamos y estirábamos el tiempo para que, de los objetivos propios y los sumados a la visita, nada quedara sin hacerse.

De este modo llegué, uno de aquellos días del 94, a una casa en la que funcionaba una peculiar institución. “Jacinta

y Francisco”. Al comienzo nada me dijo ni me sugirió ese nombre, hasta que recordé que así se llamaban los pastorcitos del milagro de Fátima, allá en Portugal.

Era una casa común, aunque bastante grande, adecuada para su cometido. El recorrido me llevó por unos dormitorios arreglados con esmero y cuidando los detalles. No era un lugar para niños sino para jovencitos, todos especiales; no era una escuela en la acepción completa del término, pero allí aprendían muchas cosas: desde cómo comportarse en la mesa, hasta un sinnúmero de manualidades que despertaban o incentivaban sus destrezas.



Encontré a la mayor parte de esos jóvenes en torno a la mesa del comedor, sumergidos en un montón de tiras de papeles de colores que las usarían para hacer flores y decorados, para forrar frascos de mermeladas y dulces que después estaban destinados a comercializarse. ¡Había tanta alegría, tantas esperanzas en torno a esa mesa!

Unos chicos retornaban a sus hogares al concluir la jornada de la tarde, otros se quedaban hasta el fin de semana, otros algunos días más.

“Jacinta y Francisco” fue concebido como un lugar de descanso, más que para jóvenes down, para sus padres, para sus familias. Es difícil para quienes tienen un hijo o una hija down desarrollar alguna actividad fuera de casa, porque no se encuentran fácilmente quien quiera hacerse cargo de ellos y, sobre todo, quien los trate y los cuide de una manera adecuada.

La pareja que creó esta especie de hogar alternativo y temporal lo hizo pensando en su propia hija, una jovencita de más de 18 años para quien querían proporcionar un ambiente a su medida. Y bien que lo lograron. Muchas amistades florecieron allí, muchas solidaridades se encontraron y conjugaron.

Esta valiosa iniciativa, guiada por la misma filosofía, ha sido puesta en práctica por otros grupos, como aquel de familias italianas que encontré años más tarde en Roma, auspiciando programas semejantes, deseosos de compartir experiencias y también buscando la manera de promover viajes de intercambio para sus hijos, con la tranquilidad que proporciona el hecho de saber que quien tiene un hijo especial sabrá cómo tratar otro ser especial que llega de visita.

## VII

## Las rupturas

No todas las familias se aglutinan cuando uno de estos niños llega a sus hogares. Por el contrario, hay parejas en que las rupturas se dan, porque un suceso así sirve de argumento para no continuar juntos, para hacer que uno de ellos, generalmente la madre, asuma todas las responsabilidades. En la estéril búsqueda de explicaciones, hasta se husmea en los antecedentes familiares y se echa la culpa a uno y a otro.

Y hay, entonces, el desgajarse de una rama, el desintegrarse de ese núcleo que debería hacerse más fuerte, resistir; pero, no todos están preparados y ahí, justamente, está la razón de ser de estas líneas: ayudar a la comprensión y a la asimilación del hecho, así como en la necesidad de dimensionar la tarea que corresponde a cada padre y a los familiares de un niño especial; a saber que detrás de esas aparentes ineptitudes y deficiencias hay seres humanos extraordinarios, poseedores de una capacidad infinita de ternura y alegría, que desgraciadamente, no es captada o asimilada por todos.

Conozco algunas parejas y familias desintegradas, sumergidas en confusiones, que llegan a la ruptura, al divorcio después de que uno de estos pequeños ángeles llega a su casa.

Encuentro también mujeres que, luego de la experiencia de tener un niño down, se niega a concebir otros hijos; esto sucede igual cuando el niño o la niña han muerto: hay como una inconsciente resistencia a la posibilidad de volver a sufrir, como una incapacidad de volver a creer en el amor.

Afortunadamente estos casos son esporádicos. Existen personas que creen que Jerónimo fue mi último hijo, y cuando se enteran que no, me preguntan cómo fue posible que arriesgara tanto y por qué asumí la responsabilidad o la irresponsabilidad, más bien, de traer otros hijos al mundo; que si los estudios cromosómicos, que si los análisis para investigar las razones. La verdad es que estoy, estamos felices de haber actuado de otra forma, de haber querido tener más hijos, esos pequeños ya crecidos, esa Manuela, ese Daniel que no compensan la falta que no se llena jamás, pero que cada uno de ellos, como Pedro Francisco, tienen y ocupan un lugar especial, copan nuestras vidas.



## VIII

## La llamada de Navidad

Nunca he tenido dudas respecto del bien que puede hacernos el compartir experiencias, el saber que no andamos solos en el mundo, que hay gente con casos similares a los que estamos viviendo, lo cual genera una peculiar solidaridad inclusive a la distancia.

Yo estaba en Cuenca, con la familia, en la casa de mis padres; apenas habíamos llegado desde Quito, luego de terminar el período de clases, agotados por el trajín de las últimas semanas, propio de las fiestas navideñas.

Había empezado apenas la noche cuando sonó el teléfono, la llamada era para mí, me preocupaba el que tan pronto empezaran a llamar para los consabidos “palanqueos” y peticiones. La voz me era totalmente desconocida, una mujer de la Costa, de Guayaquil, me aclaró; me contó que había llamando a un montón de personas hasta dar conmigo, que no podía dejar que terminara el día sin llamarme, había recibido, en la mañana como regalo de unos amigos un libro llamado *Jerónimo*, su voz contenía lagrimas, quería compartir la emoción de la que estaba embargada luego de la lectura; ella tenía una hija down, me dijo que el libro ayudó a romper esa presión que le atenazaba en el pecho, lo que había constituido el mejor regalo de Navidad que podía recibir. Yo le dije, y era verdad, que su llamada era mi mejo regalo.

Hablamos de mi Jerónimo y de su hija, la línea telefónica se transformó en cómplice involuntaria de esas palabras, que tratan de expresar las angustias compartidas y también esas alegrías que los hijos suelen darnos, como pedacito de paraísos vislumbrados, como destellos de luz en medio de las noches oscuras.



## IX

## Concierto para Jerónimo

Han pasado los años, emprendí tantas tareas, y traté de salir airoso de todas ellas. Presentamos *Jerónimo* en múltiples espacios; los amigos generosos dijeron muchas bellas palabras sobre el libro y sobre el hijo, el sabor de las lágrimas jamás dejé de sentirlo en la garganta, ese sabor salobre con la mezcla del dulce que nos regala la solidaridad, del que se hace presente en los ojos de muchas madres de hijos especiales, que aprendí a reconocer en cada uno de los salones, de las salas de conferencia, de las aulas donde hablé del hijo y del libro; esa humedad que no opaca las miradas sino que les da brillo y, luego, ese apretón de manos, esas palabras apenas susurradas pero que me dicen tantas cosas.

Así llegó *Jerónimo* a tantos lugares, a rincones apenas conocidos de nuestro territorio y así está llegando también a otras latitudes, en otras lenguas que han puesto alas a mis palabras esbozadas con el alma dolorida.

Aún recuerdo las lecturas de *Jerónimo* en cada cantón de la provincia de Manabí, y esas sucesivas visitas a lugares como Rocafuerte, Paján, Jipijapa y las reiteradas a Junín, en donde por primera vez oí que a un joven down, cuyo nombre desconozco, me lo presentaron como Jerónimo, porque yo también tengo “un” Jerónimo me dijo, así como el suyo y me llevó a conocerlo, allí por entre las calles polvorientas de ese pueblo, cuya plaza central tiene

más luminarias que árboles, porque hubo un alcalde que decidió hacerse su propio bosque de lámparas, postes con bombas de cristal, aptas para ser reventadas por las resorteras de los chiquillos. Y pensar que hizo aserrar los árboles casi centenarios que allí había.

Pero bueno, quería hablarles del Jerónimo que conocí en Junín, de ese otro Jerónimo, hombre grande ya, de manos fuertes y toscas, de esas que trabajan los campos. Me recibió con una sonrisa muy amplia. Le habían enseñado a pronunciar mi nombre, el de la Ministra y a aplaudir cada vez que se aventuraba a decirlo. Le salían mechones de cabellos rebeldes por todo lado. Me mostró sus plantas, que cultivaba en macetas multicolores. Su mamá me invitó a entrar y sentarme en su sala, donde se puso a contarme las cosas de su Jerónimo, como le decían, desde que un ejemplar de una edición en papel periódico le habían caído en las manos, llevado por algún profesor que, de paso por Quito, lo consiguió en el Ministerio de Educación y no pudo resistir a llevárselo a la familia.

Ese hombre me contempla con sus ojillos de niño, con esa inocencia mágica que no pierden jamás y me atisba con la eterna curiosidad que parece dominarles mientras converso en la sala de la casa, con una limonada bien fresca entre las manos y unos corviches recién preparados, calientes, que se me deshacen en la boca que no deja de degustarlos, haciendo gala de un buen apetito y un regusto que apenas se compadecen con la categoría de autoridad de la que estoy investida.

Así se pasan los minutos, más de la cuenta, más de los que puedo disponer en la casa acogedora, mientras la caravana espera y se han asomado los curiosos a observar el motivo de la bulla y del alboroto armados en derredor. Ya debo irme, y al fin lo hago, con el espíritu liviano y

el estómago repleto de corviches y algunos alfajores obsequiados por la dueña de casa. Aún conservo en las manos el contacto de esas otras ásperas y fuertes que retuvieron las mías al momento de la despedida y aún las veo, haciéndome adiós desde las barandas de la puerta—ventana en la que se asoma la cabeza de cabellos revueltos e indóciles por entre las macetas coloridas de geranios y esa casa a la que buena falta le hace una mano de pintura, pero que prefiere las sonrisas en los labios y no las apariencias que conducen a ninguna parte.

Salí de Junín con el recuerdo imborrable de haber visto un hijo crecido y grande, un Jerónimo que pudo ser.

Así, saboreé experiencias; así conocí Jerónimos y gente que se acercó a decirme, ahora que sabía que yo no me avergonzaba de haber tenido un hijo down, que también ellos iban a sacar a sus pequeños de ciertos encierros a los cuales les tenían sometidos; estaban decididos a proporcionarles estímulos; que ya podían andar con la cabeza en alto y reír sin lágrimas con esos hijos, hermanos, nietos, sobrinos y hasta primos que antes no se atrevían a nombrar y menos a presentar.

Tan sólo con esas palabras y acciones, yo sentía que mis Jerónimos —el hijo y el libro— habían cumplido con creces su misión. Ya sabía por qué me tocó tenerlo junto a mí por un tiempo tan corto, pero con huella imborrable.

Y no fueron sólo los padres o familiares de niños down los que se me acercaron sino también los otros, los que tienen otras circunstancias especiales que nos vuelven partícipes de una gran familia, como aquella mamá, que luego de la presentación emotiva de Jerónimo en el Cristo del Consuelo, bajo el patrocinio de Madres Agustinas, se puso en la fila para pedir un autógrafo en el libro que yo pensé era para ella, y me dijo: “no, no es para mí, póngaselo a mi

hija, yo no sé leer, pero quiero que me lea esto de lo que usted nos ha hablado y nos ha hecho llorar”. La madre campesina de pollera morada, tampoco sale de mi memoria con su empeño.

O cuando presentando otro libro, después de los muchos escándalos políticos y sociales en los que se vio envuelto el país, en la cola para la firma de autógrafos en una librería de Guayaquil, se me presentó el Maestro Portilla con un cuadro bellissimo: un árbol con muchos pajaritos de colores pintados en las ramas, me hizo que le diera vuelta al cuadro para mirar la dedicatoria, un fragmento de *Jerónimo* y me dijo: “vea la fecha, lo pinté para usted hace ya años, luego de leer su libro, y le he llamado “Concierto para Jerónimo” y se lo he tenido guardado para una oportunidad como ésta, quiero que lo conserve, se lo regalo”. Y ahí está, colgado en una de las paredes de mi sala, dándome una paz especial cada vez que lo miro y también recuerdo al pintor, al artista que se molestó en pintarlo y esperar que pasaran los años para hacerlo llegar a su destino.

O en las tantas personas que en la calle no le dan importancia a mi vida política como los demás y me dicen: usted es la madre o la autora de *Jerónimo*.

Y siento, con todo esto, estallar burbujas de alegría en el corazón y hacerse más chiquitos los ojos contraídos por las lágrimas de felicidad compartida, y no es que sea una llorona impenitente, no, no es verdad, pero hablar de mi hijo es una cosa muy especial, como especial se ha vuelto el contenido del libro que él inspiró, tanto que el director del conservatorio Rimsky Korsakov de Guayaquil, el Maestro Reinaldo Cañizares, quiere componer una ópera “Jerónimo” y que las traducciones de mi libro a otros idiomas están surgiendo sin que las busque.

## X

## El Nido, El Juanito, La Pachi, San Juan

**H**ay tantos nombres de personas, de proyectos, de obras que surgen en mi memoria y pugnan por salir, desordenadamente, a veces atropellándose, que me es difícil ordenar los pensamientos para hilvanarlos coherentemente y no armar una confusión de nombres y de ideas,

Así, surgen casi al unísono el nombre de la Pachi, la Patricia inmutable, la adulta que no crece, la eterna acompañante de las tías y sobrinos, la niñera inconforme que ha hecho célebre en la familia la frase: “cada guagüita con su mamita”, para expresar su desacuerdo con los posibles abusos de confianza, ya que no quiere ser sólo la permanente hacedora de favores, sino que busca un espacio más amplio dentro de esa enorme familia en la que le ha tocado nacer.

Y el Juanito que vino, inicialmente, como todos los angelitos de su condición, a perturbar a la familia ya constituida, pero que se ha convertido en el centro de atención, en el motor de las decisiones importantes, de los traslados, en el eje sobre el que debe girar esa familia. Así, con las necesidades de terapias y cuidados nació también “El Nido”, Asociación de Padres con hijos especiales, que quieren solucionar sus personales situaciones, también de forma especial.

Y el Roberto, hijo de la Catherine, hija única de sus padres y madre también de un hijo especial, esperado con emociones e ilusiones indescritibles, heredero asegurado

de tierras, de haciendas con vacas y una multitud de perros, llenas de caballos, de gatos, de gallinas, que vino a imponer paciencia, a exigir atenciones y cariño a manos llenas, a ocupar por completo el tiempo de la abuela y el de la madre, para hacerles pensar nada más que en terapias, en rehabilitaciones, que vino a cambiarles la vida, a darles un nuevo sentido, un giro diferente.

Y qué decir de ese centro atendido por nacionales y extranjeros, al que quisieron ponerle el nombre de “San Juan de Jerusalem”, y en cuyo recinto, si no le han cambiado el nombre habrá una aulita bautizada de “Jerónimo”, que me tocó inaugurar. Cumple su misión con quienes tienen e igualmente con los que carecen de recursos económicos, pero que andan en la búsqueda de nuevas terapias, de formas más actualizadas que les permitan conseguir los cambios anhelados, las mejorías visibles.

Todo esto y más para mi cabeza ahora que estoy buscando en mi memoria, buceando por entre todos los pliegues del alma donde se quedan grabados los sentimientos, las sensopercepciones, más que los razonamientos que sólo suelen aparecer a posteriori, como conclusiones o resoluciones lógicas de acuerdo a las cuales debemos obrar.

En ocasiones sus nombres se confunden y atraviesan en mis recuerdos; se mezclan y aparecen amalgamados como un todo, como único ser inconmensurable en sus dimensiones de amor, de bendiciones a través de los caminos muchas veces ininteligibles de cuanto aparece como por azar, como destino, pero que son en realidad aquellos designios inescrutables de alguien que más allá de nosotros mismos, dirige nuestras vidas y les da un sentido, y las hace perfectibles no obstante su naturaleza cambiante y moveziza, como la de esos vaivenes de las barcas mecidas por las olas, como la de esos altibajos de avión en turbulencia,

como la de ese trotar a lomos de caballo indomeñable que zarandea y despide por los aires, pero que incita siempre a seguir intentando, a no perder las esperanzas, sin importar los moretones y los estragos que nos causen.

El Juanín, la Pachi, el hijo de la Catherine, son también parte de estas historias, con sus sillas especiales o con su andar pausado e inseguro, o con sus mentes que no alcanzan a distinguir las letras del abecedario, trastrocando



la que se considera vida normal de una familia, poniendo en ella magia y tristeza, provocando risas, haciendo que el corazón se frunza y duela.

Y son parte de estos recuerdos, porque son otros Jerónimos, como me gusta llamarles, porque trajeron tantas cosas con sus vidas diminutas y dieron oportunidad a mucha gente, para ejercitar capacidades que creían inexistentes, que ni siquiera sabían que tenían, para urdir proyectos y para crear iniciativas como las de El Nido o San Juan o también, sí por qué no, para quedarse impasibles contemplando la vida que pasa, mirándose con parsimonia las manos o mecer las cabezas y aceptar parcialmente lo que vino y también lo que vendrá.

Las melodías suben de tono, la vida bullanguera no se detiene, pero hay espacios que conservan la calma por la que a veces nos desesperamos, y siempre o casi siempre, hay, en estos casos, un “ángel” motivador en su centro, un ser, que fue disminuido pero que ha demostrado más fortalezas que otros.

¡Ay! Cuando hablo del Juanín, se me viene también a la cabeza el recuerdo de otro, de un Juanín español, que ahora allá, en ese Madrid que se desplaza entre fríos y calores, se ha transformado en el único compañero de la madre viuda hace tiempo, y que no vacila en presentarlo a sus amigas, en prepararle los potajes exquisitos y en encontrar el tiempo suficiente para rascarle la espalda o acomodar su cabellera rebelde.

Hay una predisposición real a que mis ojos se encuentren con los ojos achinados donde quiera que estén: en medio de la multitud bullanguera, o solitarios en búsqueda de amigos.

## XI

## Loja: en la iglesia

En una de mis primeras visitas a Loja en calidad de ministra de Educación, me contaron que la famosa y arrasadora, en cuanto a devociones, Virgen del Cisne estaba en la ciudad en esas visitas anuales que le organizan los devotos, trayéndola en andas desde su santuario, en procesiones larguísimas para que pueda estar expuesta a las miradas y plegarias de miles y miles de personas congregadas todos los días ante las puertas de la catedral, pugnando por entrar, por ocupar un puesto para implorarle a la Virgen, a la “Churona”, como cariñosamente le dicen algunos, a pedirle algún favor, alguna gracia, o agradecerle por el milagro concedido... y le atribuyen muchos.

A esas horas de la mañana, inmediatamente después de mi arribo en el vuelo tempranero, el que siempre le obliga a uno a madrugar mucho para poder llegar a tiempo al avión en el aeropuerto de Quito, y luego de la media hora que lleva el trayecto desde la Toma hasta Loja, decía, inmediatamente me llevaron a la iglesia. Todavía estaba llena a medias, caminamos con cuidado por sobre el piso de madera, para evitar distraer a los devotos en sus rezos; quería ver de cerca la imagen de la Virgen que recién habían ayudado a restaurar a través del Instituto de Patrimonio Cultural, pues la pobre había salido bastante chamuscada como resultado de un amago de incendio. Quería ver la cara de la

Virgen que sólo había visto en fotos. No es una figura muy grande, a pesar de que aparece magnificada por vestuarios y joyas suntuosos. Luego, años después, conocí su extenso y singular guardarropa allá en el Cisne, celosamente guardado por los monjes que lo cuidan.

Algunas gentes se volvían a mirar a quienes recién entrábamos y hacíamos algo de bulla a pesar de nuestros cuidados; ya cerca del altar me detuve a contemplar la bella imagen tallada, también a rezar, también a pedir, como todos, también a contar las penas y las esperanzas. Sentí una leve presión bajo el brazo, alguien trataba de llamar mi atención; al mirar quién estaba interrumpiendo esos momentos de paz, me encontré con la para mí imposter-gable figura de una mujer con una niñita down entre los brazos; calculé que tendría más de dos años, ya que podía tenerse erguida en los brazos de su madre, erguida como Jerónimo nunca consiguió estar, con sus ojitos achinados mirándome con curiosidad y con esa chispita de magia que no todos podemos captar.

Ella, la mamá, quería presentarme a su hijita; había leído *Jerónimo* unos meses atrás y ahora, enterándose de mi visita a su ciudad, hizo una larga guardia, primero en el aeropuerto, en donde la gente de seguridad y la premura del traslado no le permitieron acercarse. Allí oyó de refilón nuestra decisión de visitar la iglesia y por eso sabía que esa sería la mejor ocasión para acercarse. El nexa, el vínculo de unión surgieron de inmediato, cargué a la niña que no vaciló en extenderme sus brazos, ahí estábamos las dos, abrazadas, por unos instantes, bajo el cobijo de la mirada amorosa de su madre que nos contemplaba. Quedamos en encontrarnos más tarde, en la noche, ya después del trajín de la visita oficial, cuando pudiera disponer de un tiempo para mí.

Llegó puntual, con su mirada; la niña esta vez no se desprendía de los brazos de su padre. Los dos querían hablar conmigo, conseguir el traslado, como odontóloga que era, de uno de los pueblos alejados de esa azarosa aunque bella geografía lojana, para radicarse en la capital provincial, o mejor aún, en Quito, en donde estaban convencidos iban a encontrar mayores facilidades para atender a la hija, para conseguir médicos especializados, para dedicarle más tiempo. Solicitaban el pase dentro del Instituto de Seguridad en el que trabaja; esa eran sus aspiraciones y creían encontrar eco en mí, más que por el cargo que ostentaba, por ser la madre y la autora de *Jerónimo*.

Un hermanito especial surge en esas circunstancias, las ganas de intercambiar experiencias, de sentir que no se está solo; que el caso nuestro no es el único; ganas de estrechar las manos, de sentir el latido de los corazones al unísono, de captar esa solidaridad que sale, se desborda y rebasa nuestras propias limitaciones para darnos mayores perspectivas, mayores posibilidades, decisiones, anhelos, junto a las



pequeñas cosas que solemos encontrar las madres para contarnos. Y hay sonrisas y hay complicidades. Sostengo a la pequeña en los brazos y tengo ganas de llorar, pero debo contenerme; esa cabecita de cabellos ásperos me ha traído tantos recuerdos que debo hablar de otras cosas para no dejar que la emoción me delate. Salen de la casa y tengo el propósito firme de hacer lo posible porque sus deseos se cumplan: firmo comunicaciones, hago algunas llamadas telefónicas, pero la locura diaria del trabajo me confunde; no he seguido la pista, no sé qué ocurrió con el caso. Pregunto a los parientes de Loja y tampoco saben nada.

Han pasado los meses, estoy de nuevo en la sureña ciudad, la gente conoce de mi presencia, hay mucho barullo a mi alrededor, llego cansada luego de una agenda agotadora y allí está, sentada, esperándome, con una paciencia sin límites la mamá de la niñita down de Loja. La señora está sola, también luce cansada, triste, ya no la acompaña su brillante sonrisa, tiene un sobre en la mano, que me extiende en cuanto me ve, allí está la foto de su hija, también tiene un angelito en el cielo. Quería contarme que las gestiones fueron exitosas, que consiguieron el cambio en su trabajo, que tuvo más tiempo para su hijita, pero que ella, al igual que Jerónimo, tuvo un corazón muy grande, no le cabía en el pecho. Es verdad, tuvo más tiempo para su hijita, pero ella no está más, ahora el tiempo le sobra y quería venir a contarme.

Lloramos juntas, por los hijos que ya no están, por el mío, por la suya, por tantos sueños truncos, por tantos planes inconclusos, por esas ilusiones segadas cuando recién empiezan; un abrazo fuerte habla más que mil palabras, hay dolores que no pueden describirse.

## XII

## Nueces con chocolate

La pequeña cajita de cartón había llegado a mis manos luego de pasar los respectivos controles de seguridad en la dependencia oficial. Dentro, cuidadosamente envueltas en una funda plástica, estaban unos —a la primera impresión— chocolates de formas irregulares; después, cuando metí uno en la boca, me di cuenta de que eran unas deliciosas nueces recubiertas de chocolate, y es que, sin lugar a dudas, debían parecerme buenísimas, las había hecho especialmente para mí, un amigo a quien aprecio mucho, primero, por ver noticias en la prensa sobre su lucha, su presencia espiritual contra el terrible mal que le aqueja, la distrofia muscular que lo va invadiendo, lo que le ha hecho buscar todos los caminos y golpear todas las puertas, no sólo para encontrar algún alivio y esperanza personales, sino, sobre todo, para ayudar a otras personas que se encuentran en similares condiciones. Y luego, al conocerlo personalmente y saber de sus inquietudes, de sus sueños.

Su entrevista con el famoso científico Stephen Hawking fue ampliamente difundida, lo que le permitió hacerse conocer y llamar la atención de autoridades y personas interesadas en el tema, y así nació la “Fundación Ecuatoriana por la Distrofia Muscular” y empezó la construcción de un local que intentaba albergar a otros niños y otros padres a quienes está enfermedad acosa.

El vínculo fue, nuevamente, *Jerónimo*. Sus padres, los de Juan Carlos, lo habían leído. Fui invitada a conocer la construcción en ciernes; hablé con Juan Carlos, tuve su mano entre las mías, sentí su tenacidad y la inteligencia en sus miradas, así las palabras y los ademanes no pudieran ser muy expresivos; sentí y estuve al tanto de su batallar, pude ayudar en su desplazamiento a Houston para que estuviera más cerca de los centros en los que se experimenta y se avanza más rápidamente en las investigaciones médicas.

Su espíritu indomable que superaba todos los impedimentos físicos, la concurrencia permanente de unos padres que no se rinden, constituyeron también un refuerzo en la toma de decisiones personales, Juan Carlos seguía luchando por la vida y por la calidad de vida, por esos pequeños disfrutes que la mayor parte de nosotros ni siquiera piensa en que son un don precioso: la capacidad de respirar, la de hacer que los alimentos transiten por esa garganta dolorida, la de que las manos hagan los movimientos necesarios para sostener, aunque sea brevemente, un objeto pequeño, por unos cuantos segundos, como fruto de un esfuerzo grande, de una tenacidad extraordinaria.

Y ahora, estaba así, con los codos apoyados en el escritorio, con ese Cristo que me mira desde la cruz y los ventanales coloridos de esa oficina de la Vicepresidencia, que hace pasar luces suaves, tamizadas y llegan a mi lado y danzan acompasadamente, esos colores a través de los que se filtran: amarillos, rojos, morados, y que parecen burbujas cuando llegan a mis manos, que se extienden para acariciar la cajita de cartón que contiene los chocolates y la tarjeta con que llegan acompañados. Bueno, se acordó de mi santo, a pesar de que no es una santa tan popular en nuestro medio, aquella a quien le debo mi nombre, y pensar en el enorme esfuerzo y sacrificio que esas nueces

envueltas en chocolate le habrán costado a sus manos y a todo el cuerpo, que tuvo que tensarse y acomodarse para cumplir la tarea, para otros demasiado simple, pero en este caso como demostración de un querer hacer las cosas con una voluntad de hierro y con un cariño maravilloso.

Este Juan Carlos con su distrofia muscular y ese Jerónimo que tengo en el cielo, se aúnan en mis pensamientos y en mi corazón, el chocolate se deslíe lentamente en mi lengua, dulce... con ribetes amargos... como suele ser todo buen chocolate...



### XIII

## El niño de la moto. Sur de Quito

La caravana vicepresidencial hace que el tráfico se detenga y que yo pueda avanzar vertiginosamente por en medio de las calles congestionadas de la ciudad a cualquier hora del día o de la noche. Supongo que habrá gente que se moleste y otros observan con curiosidad el paso de las comitivas oficiales. Pero así son las reglas, no sé quién las hizo ni si están escritas, y hasta creo que es una de las ventajas inherentes al cargo: llegar rápido a cualquier lugar.

El destino es el Sur, ese otro Quito al que la gente del Norte y hasta la del Centro, nunca va, a menos que viva allá algún pariente y se vea obligado a visitarlo, o tenga un motivo especial, especialísimo.

Me espera la gente del barrio, están molestos por las aguas servidas que caen al Machángara y por los desperdicios industriales que arruinan su entorno. No sé si pueda hacer algo, mi posición es absolutamente incómoda en el gobierno; el interinazgo me ha dejado sin mayores posibilidades de acción, pero al menos puedo oír a la gente, y luego enviar oficios y confiar en Dios.

El salón está repleto, hay aplausos, gente que se toma fotos a mi lado, niñitos que quieren autógrafos, gente sencilla que me extiende la mano y abre con ello las puertas de su corazón. Me sientan, nos sientan detrás de la mesa ubicada en la cabecera de la sala comunal. Claudia, mi hermana, me

acompaña y, por supuesto, toda la escolta y algunos funcionarios. Hasta que se instale todo el mundo contemplo a la gente, un chico down capta mi atención, se acerca y estampa rápidamente un beso en mi mejilla, se sienta confiado a mi lado, en una silla que seguramente estaba reservada para una autoridad de la comunidad, y declara que la chica que está a mi lado, esa, la de ojos grandes (mi hermana) es su novia. ¡Y así me sale un nuevo cuñado! Me río un poco, le sigo con la broma hasta que me entero de la complicidad de Claudia con su padre. Claro que era importante la visita a ese barrio, el conocer de sus problemas y el tratar de ayudarles; pero, lo más importante a su juicio y luego también al mío era que el pequeño jovencito cumpliera el sueño de su vida: dar un paseo en la motocicleta de uno de los policías de la escolta. Así, mientras la sesión de trabajo se desarrollaba, él daba, orgulloso, una vuelta a todo su vecindario, en la moto, con pitos y sirena incluidos.

La cara de contento que puso, orondo y satisfecho, no tenía parangón. Lo más seguro es que el problema de la contaminación del río no se haya arreglado, a pesar de los esfuerzos del barrio y de los míos, pero sí estoy segura de que dimos a un Jerónimo quiteño, a su padre, a su familia, el alegrón de su vida.





## XIV

# Un barco que se llama Jerónimo

La función pública me ha deparado innumerables sobresaltos y hasta desilusiones, pero me ha dado también, y debo reconocerlo, maravillosas oportunidades de conocer a tanta gente, a tantas personas que han enriquecido mi vida y le han dado un sentido y unas posibilidades de realización que de otra forma habrían sido imposibles.

Así ocurrió con el sacerdote italiano, rector del colegio de ese pequeño pueblo perdido en lo más recóndito de la provincia de Esmeraldas, imbuido en la misión de sacar adelante a los niños y a los jóvenes de Rocafuerte, dándoles una educación de calidad.

Me visitó algunas veces en mi despacho; se valió de amigos comunes, sobre todo de Espeucy, ese inagotable trabajador y político que no descansa hasta conseguir lo que quiere. Entre el sacerdote y Espeucy me convencieron de que viajara.

El médico que recientemente me había hecho una pequeña intervención quirúrgica en el útero me dijo que podía viajar, pero no caminar demasiado, y que evitara las gradas y los terrenos desiguales.

Pero habíamos conseguido como donación de un amigo, el motor fuera de borda que hacía falta para el bote de pesca que los propios alumnos habían fabricado y que iba a servir para las clases prácticas en las que estaba empeñado

el sacerdote como parte de la formación integral de sus alumnos.

El vuelo hacia Esmeraldas, más bien corto, los saludos de rigor y luego el viaje por tierra, atravesando toda esa maravillosa geografía esmeraldeña, llena de gente amable y cariñosa que gritaba mi nombre al paso del cortejo; los saludos desde la ventanilla, y la pequeña comitiva de tres autos que me acompañaba.

El paso por Río Verde y las otras poblaciones aledañas, embriagó mis ojos con todos esos tonos verdes de los árboles, las yerbas, los aromas y las sonrisas.

La llegada implicó una dificultad inicial. Desde la vía, ya polvorienta y bastante deteriorada, había que llegar al sector administrativo y luego a la cancha de fútbol donde nos esperaban los alumnos y los padres de familia; es decir, fue preciso atravesar la población entera, y subir un montón de escaleras sin que hubiera forma de evitarlo. Lo hice lentamente, tomándome unos descansitos, pero al fin llegué al colegio que estaba todo decorado: la gente entusiasmada, las fotos, los banderines, los aplausos, la ceremonia, los discursos, más aplausos, más palabras, el acento italiano, la entrega de unos libros y unas medicinas conseguidas con trabajo, pero conseguidas al fin.

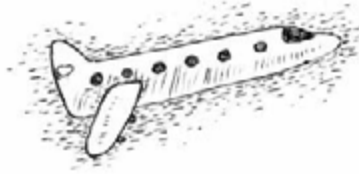
Y ahora la bajada del acantilado hasta la playa; ahí los escalones son rústicos, casi imperceptibles, alguien debe darme la mano para ayudarme a descender; estoy pensando con un cierto temor en el regreso, en la subida; siento un pequeño dolor, percibo un ligero desgarré, pero hay tanta ilusión: el padre no cesa de charlar respecto a todo lo que va a hacer con el barquito y el motor que les he conseguido.

Ya estamos a la orilla del mar, el viento despeina nuestras cabelleras, el olor característico de la marisma nos golpea fuerte en el rostro y tenemos que aspirar profundamente.

Hay un sol resplandeciente, unas palmeras resistentes que han aprendido a vivir con el agua salada, un cielo azul impresionante. Ya algunos chiquillos se nos han adelantado y una parte del pueblo también. Cualquiera pensaría que se trataba de la botadura de un gran barco lo que íbamos a realizar; no, era uno chiquito, rústico; la madera había sido trabajada por los estudiantes, que se mostraban orgullosos, ufanos, y nada faltó; ni la botella de champagne para bautizarlo. Con las dos manos había que rociar el barquito entero, yo no pude romper la botella, no me alcanzaron las fuerzas; pero allí las lágrimas se confundieron con la sal de las aguas, pues había un nombre pintado rústicamente, a uno de los costados, era el barquito “Jerónimo”, decidido a arrostrar esas olas y ese viento.

El sacerdote miraba mi cara, era la sorpresa para la que se empeñó en conducirme, a fin de que contemplara al “Jerónimo”, para que bautizáramos y botáramos al “Jerónimo” al mar. Vinieron las bendiciones, subimos al diminuto bote tambaleante, dimos una pequeña vuelta y otra vez estuvimos en la orilla.

El esfuerzo valió la pena, la caminata también. Ya en el avión contemplaba con un poco de melancolía ese mar azul, con pintas verdosas, ese sol acariciando las aguas, esa atmósfera transparente y cristalina, las playas de kilómetros, la arena blanca y dorada, las cabezas despeinadas de las palmeras, y, lejos, acurrucado en un muelle improvisado, protegido de los embates del viento, ese barquito de madera trabajada por manos juveniles, casi de niños; ese barco que también se llama Jerónimo. La ventanilla del avión ya no me refleja nada, estamos entre las nubes muy arriba, pero yo sigo contemplando las arenas, las rocas del acantilado, los escalones rústicos, el barco...



XV

## El oficial del ejército. El niño del avión

La frente apoyada en la ventanilla del avión esperando su despegue, tranquila aunque con la natural impaciencia. No importa si se demora unos minutos más, da igual, la mente en blanco, o queriendo estarlo, la abstracción casi total respecto del avión que va llenándose rápidamente, de las voces que crecen en número y en estridencias, los saludos que seguramente se cruzan a sus espaldas, el lánguido aleteo de un mosquito diminuto atrapado junto a la ventana, el asfalto de la pista, el calor que se densa fuera y contrasta con la atmósfera refrigerada del interior; y esa pesadez en el alma, y ese desasosiego que no se transparenta, pero que, de pronto, es interrumpido por la imagen de un chiquillo de tres o cuatro años, elegantísimo, de trajecito, con tirantes y gorra que alguien ha colocado en el asiento de al lado mientras se acomoda en la butaca del pasillo.

Es un oficial del ejército, casi se cuadra cuando me saluda, y el pequeñito me mira con sus ojos rasgados y sonrientes, ya la mutua conquista se ha producido, él ha entrado en mi corazón y creo que yo estoy en su radio temporal de acciones y de afectos; a veces creo que soy poseedora de un especie de imán o de radar que hace que me sienta irresistiblemente atraída por cuanto niño con síndrome de Down esté cerca de mí.

Él se ha puesto a contemplarme, y yo también a él: lleva zapatos lustrosos y ropa impecable. La persona a su lado sostiene un maletín que intenta colocar bajo el asiento, y un vaso de plástico con Coca Cola que ayudo a sostener, en parte por ayudarlo pero, debo decir la verdad, también para evitar el baño que se me avecinaba.

Empezamos a conversar, pregunto si es su hijo o tal vez su nieto; me dice que no, que es hijo de uno de los oficiales que trabaja bajo su mando, que él y su mujer se han hecho cargo del niño, lo hacen con frecuencia, para llevarlo de vacaciones a la playa, y ahora regresa para devolverlo a sus padres; que ya sus hijos son grandes y les encanta cuidar a este niño especial a quien se nota que quiere, que entiende, y que atiende con una paciencia y una dedicación increíbles.

El viaje se hace cortísimo, me pregunta más detalles sobre Jerónimo; él me cuenta sobre los progresos de este niño a quien considera su hijo, de las nuevas terapias empezadas, de lo que están haciendo con Heidi Paliz, en eso de la hipoterapia; sé que el principal instrumento de trabajo con los niños y adolescentes especiales son los caballos.

El hombre está entregado a esta causa, y, a diferencia de otros casos, en que lo que nos une es la vivencia de una situación especial en la familia, el amor por nuestros hijos o alguien cercano, a él lo que le mueve es el amor, así, en genérico, y ese toque de magia que el pequeñín, hijo del amigo, le ha puesto en el corazón.

Llegamos, carga con el bolso de los pañales y los teteros, abraza al chiquito que se pega a él y me hace señas con las manos. Estoy renovada, con fe en el ser humano, con ganas de seguir viviendo y haciendo cosas y trabajando, y ya no tengo cansancios ni desobligos.



## XVI

## Y también en braille

Confieso que con frecuencia me pongo remolona para las caminatas, sobre todo si hace calor y estoy en Guayaquil; además, si calzo zapatos de tacones altos, nada cómodos y ando vestida con traje de dos piezas, un saco de lana y falda forrados, más blusa, y, si encima de todo eso tengo apuro por llegar a alguna parte.

Pero, Ramiro, ese infallible amigo que siempre está para recibir a su “Jefa”, como suele llamarme, a veces me fuerza a caminar, me obliga a hacerlo por unas cuantas cuadras, con el pretexto de que no son más que dos, y de que ya mismo llegamos, y de que bien vale una vuelta de popularidad; en fin, para no pelearme con él, accedo aunque con una ligera protesta.

Las calles se transforman en sitios agradables, cuando hay gente amigable que nos dice algo, cuando hay un cariño implícito en la salutación, cuando la recordación es grata, hasta los pies se vuelven más ligeros. Compramos chicles al vendedor ambulante que me piropea y me hace sentir con unos cuantos años menos; luego decidimos entrar en la librería que distribuye mis libros para ver las novedades que han llegado y para husmear un poquito si todavía quedan ejemplares de *Jerónimo*. Cuando le preguntamos al dependiente, nos dice que no sabe, que va a buscarlos, asoma con unos cuantos, hay un comprador que está esperando ser

atendido y que decide participar en la conversación, y le pregunta por qué no los tiene más a la mano, y por qué no saca la edición en inglés, y hasta le informa al vendedor que también *Jerónimo* esta en braille; yo no lo puedo creer, estoy casi literalmente con la boca abierta cuando se da la vuelta para conversar conmigo y me dice que el libro *Jerónimo* en braille, es uno de los pocos que lee su hija, que está ciega y a quién le gusta leer.

Hay un silencio en la librería de la calle Luque; mi locuaz amigo Ramiro se ha quedado sin palabras; se oye el zumbido de los mosquitos y el traqueteo incesante de los vehículos por la calzada y los ruidos de la gente que pasa, pero allí adentro, hay un emotivo silencio que sólo se rompe cuando el padre de la niña ciega me extiende sus manos y me deja el calor de las suyas y de sus palabras.

No hablamos gran cosa mientras caminamos. Hemos llegado al restaurante, nos instalan en una mesa, el mozo que sirve la comida, el tradicional arroz con menestra, me pide que le autografie un *Jerónimo* que tenía guardado en el mostrador, un por si acaso; dice que es para enviárselo a la hermana que vive en Nueva York y que tiene una niña “con lo mismo que su hijito”, y que espera un consuelo que tal vez pueda llegarle en las páginas del libro.

Hay tantos Jerónimos, más de lo que uno se lo imagina; hay tantos padres y madres ansiosos de saber que no están solos, que esos ángeles no son patrimonio exclusivo de nadie; y que su vida enriquece la de muchos seres humanos más.

## XVII

## La hipoterapia

Una cena ofrecida en la embajada suiza fue la oportunidad para conocer a una persona empeñada, casi podría decir que empecinada en sacar adelante una iniciativa diferente para beneficiar a los niños especiales. La cena y la casualidad de estar sentada a la misma mesa posibilitaron que conociera a Heidy Paliz, menuda, aparentemente frágil, pero tenaz, constante en los propósitos y metas trazadas. Sugirió que Manuela, mi hija, fuera a hacer unas prácticas de equitación y a apoyar a los niños especiales, sobre todo down, para que recibieran una estimulación diferente en contacto con la naturaleza y particularmente con los caballos.

El relato de las reacciones increíbles de los niños, muchos de ellos también con limitaciones físicas, cuando poco a poco se yerguen en lomos de un manso caballo que se deja hacer y cabalgar con mucha paciencia, pone luces en los ojos de Heidy y también de mi hija cuando me lo cuenta.

Las manitos que hace un rato parecían crispadas, se distienden cuando se posan y acarician las pieles lustrosas, cuando se aferran a las crines enhiestas. Los rostros aparecen refrescados, las sonrisas florecen en los labios cuando el viento los roza, en esas cabalgatas mágicas por los campos que parecen interminables.

Algunos caballos, unas instalaciones limitadas, unos pocos voluntarios venidos generalmente de Alemania, uno

que otro joven, que como Manuela, le ha regalado unos días a la institución, y la férrea voluntad de esta mujer que es la creadora y la impulsora de esta iniciativa digna de encomio y exaltación.

El aire que embriaga y nos llena no solamente las fosas nasales y los pulmones, sino también el espíritu y la mente, el brío controlado de los caballos, el amor que dispensan los seres humanos puestos al servicio de los demás, son los argumentos y los ingredientes de esto que se llama hipoterapia, y que en algunos casos, opera casi milagros en el avance y desarrollo de niños y jovencitos cuyas familias han decidido incursionar en este novedoso sistema, que va extendiéndose en varios lugares del mundo, como una alternativa en el tratamiento de deficiencias mentales y físicas.

Una vez más el entusiasmo y, sobre todo el amor, surgen como un aporte importante en el doloroso trance al que son sometidas algunas familias que, a veces, no comprenden cuán afortunadas son de contar entre sus miembros con estos especiales angelitos.



## XVIII

## En Nueva York y en Buenos Aires y en cualquier lugar

Si me pongo a pensar, y lo hago con frecuencia, el haber tenido a Jerónimo y luego haber escrito un libro con su nombre, me ha dado oportunidades incontables y maravillosas de conocer el mejor lado de mucha gente, de sentir sus reacciones genuinas sin poses ni tapujos, me ha posibilitado acercamientos que habrían sido imposibles e impensables en otras circunstancias.

Así, ese espíritu viajero y la generosa traducción que la UNESCO hiciera de mi libro, me llevaron a hacer una serie de presentaciones en New York, insuflada de sentimientos renovados, con muchos apretones de mano, con demostraciones de solidaridad y la consiguiente firma de autógrafos, lo que no me molesta como suele pasarles a algunos escritores, sino que más bien me da la oportunidad de conversar, de sentir más cerca de la gente que de alguna forma ha sido tocada por el libro o por las propias experiencias.

En un grato peregrinaje estuve en varias actividades: primero fue la casa del Consulado, luego la librería en Manhattan, ésta sin mucha suerte de asistentes, con la que, en cambio, sí contó la biblioteca de Queens, gracias a todos esos compatriotas que me acompañaron; y, por fin, vinieron las rondas en las escuelitas, en las salas de lectura, con los niños y las madres de familias.

También en Buenos Aires, luego de que la escritora Mirtha Bota hablara del libro y yo dijera unas palabras, una mujer que no había visto en las reuniones previas, al felicitarme me preguntó en que año se me fue Jerónimo. Cuando le dije la fecha, con una gran sonrisa no exenta de dolor me contó su historia: en el mismo año y de la misma edad, ella había perdido una hija sobre la que escribió un libro y creó una escuela que se llama Amapola.

Y hay tantos y tantos casos y circunstancias que se van conociendo conforme pasan los días y los años: manos crispadas que no aceptan, rostros tranquilos que lo han asumido por completo, esperanzas que se consolidan y aspiraciones que se frustran, pero siempre lazos contruidos que difícilmente se rompen.



## XIX

## La sala de lectura de Manhattan

El programa de extensión del distrito educativo de la ciudad de Nueva York, funciona también con base en el fomento de la lectura y en los clubes de las madres que leen para crear ese ambiente favorable al interior de las propias familias y que se genera y soporta alrededor de las escuelas.

*Jerónimo* fue escogido como uno de esos libros recomendados. Llegué con el personal de la librería, fui conducida a la sala de lectura de la escuela, e invitada a sentarme en una de las pequeñas sillitas de colores de la biblioteca, para esperar la llegada de la directora y del delegado del distrito.

Los niños habían preparado algo para sus madres, no para mí; la lectura comprensiva de *Jerónimo*, los personajes principales, el entorno, todo lo que ellos habían comprendido de ese librito escrito más que con las manos, con el corazón. Había carteleras, escritos, dibujos, uno sacados de las ilustraciones del libro, otros de su propia imaginación.

A duras penas podía contener las lágrimas, mi labio inferior soportaba los mordiscos de mis propios dientes para evitar demostrar la emoción, ese viejo recurso de mirar al tumbado para que las lágrimas no se desbordaran sino que regresaran por el mismo camino de donde habían salido, no daba resultado, había unas indomables que ya no pudieron detenerse cuando mis ojos se encontraron con los de una niñita desatada en llanto.

Sus largos cabellos se enredaban en sus manos nerviosas. Fue la encargada de entregarme unas flores que sus maestras habían destinado para mí, y un pequeño osito azul de su propia inspiración. Cuando se acercó, le pregunté por la razón de sus lágrimas, me contó que la hermana mayor había tenido hacía unos pocos meses un precioso bebé igualito a Jerónimo y que en su casa lloraban mucho por aquel sobrinito que a esta pequeña niña le gustaba atender.

Ninguna de las profesoras conocía la historia, para mí no extraña, y es que cada vez que veo una persona con un llanto incontenible en un auditorio mientras hablamos de Jerónimo, sé que esta persona ha sido tocada por ese ángel que ya no es sólo mío, y que una dosis de ternura de otros angelitos es parte de su vida.



## XX

## Otra vez en el avión

Ustedes pensarán que paso mucho tiempo sentada en aviones y, al hacerlo, darán en el blanco, porque es cierto: nací con una especie de cosquillas viajeras en la planta de los pies, y ese errabundeo se ha vuelto en una parte consustancial de mi vida

Pero también los aviones, el ajetreo de los aeropuertos, hacen que conozca una infinidad de personas y hasta de situaciones nunca imaginadas.

Regresando de Guayaquil, ya en el aeropuerto, no se me escapó la presencia de una joven mamá con su pequeña Jerónimo en los brazos. La niñita se volvía a mirarme y hasta me hacía señas con las manos, que yo contestaba.

Tuve la suerte de que nos tocaran los asientos contiguos en el avión; yo tenía el de la ventanilla y la señora con su hijita el del medio. Acomodamos su bolso, la pañalera y hasta su cartera debajo del asiento, con lo que le quedaba muy poco espacio para las piernas; trasladé la pañalera hacia mi lado, lo que me ganó su gratitud y también las ganas de charlar conmigo, decirme su historia desde el nacimiento de la pequeña Natalia, hasta el divorcio por la incompreensión del marido. Había lágrimas pero también mucha fortaleza y decisión en su voz y en sus expresiones, y ganas de salir adelante.

Ya la chiquita estaba en mis brazos, quería disfrutar su chupete conmigo, una de esos grandes, morados, que tienen un chicle por dentro, y que parecen inacabables, sobre todo en su capacidad de enmelar a quienes se acercan, y en este caso la única era yo, y, lógicamente, su madre. Acabé con dulce hasta en el pelo, acompañada de pedacitos de pan del emparedado que la azafata me extendió, pero que fue a parar en sus ágiles manecitas, ¡suerte que con el vaso de cola no se arriesgó!, pero sí a compartir sorbitos mezclados con la miga del pan y el chupete famoso.

La pobre mamá ya no sabía qué hacerse; la chiquita circulaba con toda tranquilidad entre sus brazos y los míos, con toda la batahola que ahí se armaba. Conversamos y salió a relucir Jerónimo el hijo, *Jerónimo* el libro y ya no nos importó gran cosa que cuando bajáramos del avión no estuviéramos tan presentables. Ella cargó a su hija, yo ayudé con la pañalera y el bolso.

Es un recuerdo dulce, un poquito pegajoso, el que tengo de esa mamá compañera de viaje y de su inquieta y sonriente Natalia.



## XXI

## Como un planetario

No era una niña al momento de entrar por primera vez a un planetario; ya me había graduado del colegio y había concluido mi primer año de universidad, cuando visité el planetario de Bogotá; después he estado en varios, incluyendo el de Quito y el de Cuenca. Pero siempre la magia persiste.

Luego de sentarse, con la espalda y la cabeza bien apoyadas al respaldar de la butaca de esa especie de teatro, mirando la cúpula blanca, que luego queda totalmente a oscuras cuando se apagan las luces, para luego volver a aclararse y contemplar las miríadas de estrellas, y los astros y los planetas brillando en el fondo oscuro del firmamento. Y la sensación de girar y dar las vueltas; y aunque la butaca no se mueve ni un milímetro, los equipos, las proyecciones, nos brindan esa ilusión, esa sensación de viajeros cósmicos, apropiados del universo, maravilloso e incomprensible en su infinito.

Parece como si la cabeza estuviera dando vueltas, con la mirada en el cielo sobre ese firmamento incógnito en el que nos sumergimos como neófitos aprendices que avanzamos muy poco en su conocimiento.

A veces pienso, y creo que me asiste la razón, que para los seres como mi Jerónimo y para esos tantos otros Jerónimos que pueblan el mundo, la comprensión del planeta es estar dentro de uno de esos planetarios a los que me refería, pero sintiéndose parte de ese cosmos real; ese planetario es

el infinito, su visión es siempre más grande, no limitada, son poseedores de las claves del universo, son excelentes guardianes de sus secretos. Como nosotros al interior de uno, con nuestra cabeza girando y el cuerpo flotando, no hay nada que no podamos, que no puedan hacer: contemplar una estrella con el rabillo del ojo, sumergirse en el rastro de los cometas y acabar cubiertos con el polvo de estrellas; iluminadores, alegres, reconfortantes, con los pies recorriendo con sus grandes zancadas los rastros planetarios, dejando huellas incomprensibles para lo nos iniciados pero creando atisbos de luz para quienes aprendimos a conocerlos.

Ese universo inconmensurable, poblado de incógnitas, es su mundo, su hábitat natural; por eso se sumergen en sí mismos, por eso nos contemplan con chispitas alegres en los ojos y aspiran a plenitud el aire de sus pulmones y nos dan ese amor especial a manos llenas.

Jerónimo, esos otros Jerónimos que me enseñaste a conocer y a apreciar en tantos lugares, cuando hago cola para entrar en su espectáculo, cuando camino despreocupada por la calle, en los aviones y aeropuertos, en las multitudes o en los parques semivacíos, hacen que me sienta cerca de ti, aun en la distancia de los años y de la separación, aun sabiendo que ya no estás más conmigo y que tu mano ya no esté más entre las mías, ni tus ojos contemplen el horizonte eterno a través de los míos.

Y volvemos a estar juntos, a tener la misma mirada sorprendida, de asombro, frente a lo que no comprendemos, a lo que nos desborda con el conjunto de preguntas a las que no podemos y a veces no queremos dar una respuesta.

Nos sentimos pequeñitos, diminutos frente a lo que vemos, estamos juntos: Jerónimo, yo, el universo agarrados de la mano. Cuánto sabemos y conocemos los seres humanos sobre el universo, pegados como hormiguitas a esa corteza